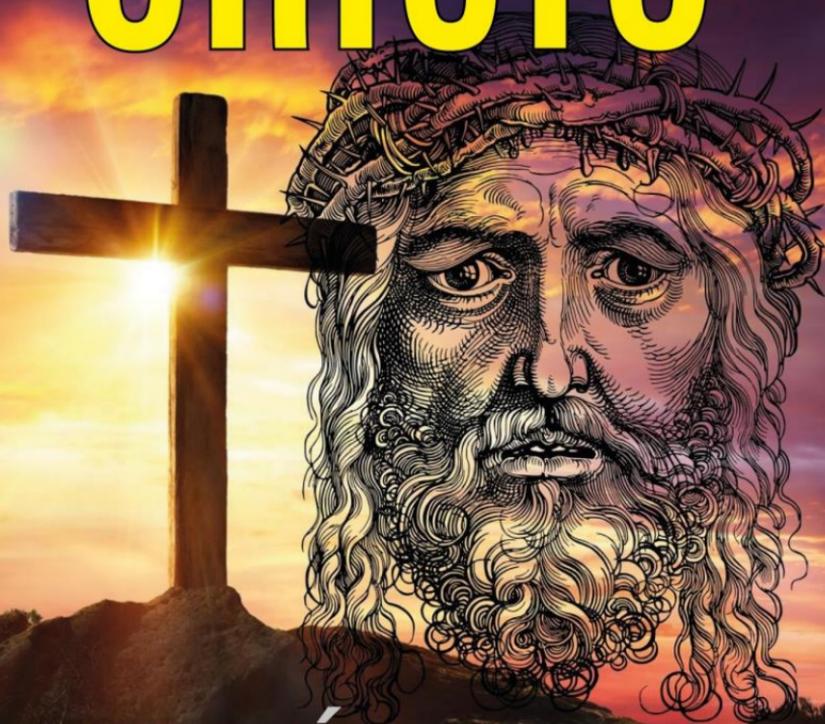


LOS SUFRIMIENTOS

DE

CRISTO



EN MÍ

¿Te has preguntado alguna vez por qué sufrimos?

Claudio de Castro

Copyright © 2019 Claudio de Castro

[www.claudiodecastro.com](http://www.claudiodecastro.com)

Todos los Derechos reservados

**ISBN:** 9781698614687

A todos aquellos que buscan a Dios.

Nota: Somos un apostolado católico de la palabra escrita. Nuestro anhelo es *llevar esperanza*. Este libro y [100 más similares](#) los podrás encontrar en formato impreso y digital en el **portal de Amazon** de tu país y en nuestra página de autor:

[www.claudiodecastro.com](http://www.claudiodecastro.com)

¡Gracias por apoyarnos!

## **CONTENIDO**

<b>CAPÍTULO 1</b>	17
La Cruz	
<b>CAPÍTULO 2</b>	55
Jesús, el Hijo de Dios	
<b>CAPÍTULO 3</b>	105
Vitaminas para el Alma	
<b>CAPÍTULO 4</b>	119
El Sufrimiento	
<b>CAPÍTULO 5</b>	143
Tocados por la Gracia	



*“Sobre cada herida que sangra en mi  
alma, pronunciaré esta palabra:*

***“¡Dios lo quiere!”***

(Beata sor María Romero,  
Hija de María Auxiliadora)



## INTRODUCCIÓN

**H**ay un antes y un después en mi vida, desde que salí en la búsqueda del Espíritu Santo, a mis 62 años, y me encontré con Él. Lo que descubrí me dejó pasmado, de una pieza, profundamente tocado en el alma por *su gracia*. Es Él quien te lo explica todo. Quien mantiene vivo el corazón de la Iglesia. Quien nos da la Eucaristía y hace posible la presencia de Jesús entre nosotros con la consagración diaria del pan y del vino.

Llevo días preguntándome cómo es posible que siendo católico y una persona que toda su vida ha buscado a Dios, estaba ciego a la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas. No podía comprender muchas cosas y realmente aún no las comprendo bien. Veo todo nublado. Me consuelo pensando que en Dios *todo es nuevo*, y para un escritor es un tema inagotable, una búsqueda que vale la pena. Hay un versículo de la Biblia que para mí es la que nos muestra “el misterio” y en la quedas pasar años reflexionando, sacando siempre diferentes conclusiones que convergen en una sola: “Dios nos ama”, somos especiales para Él porque: “*En Dios vivimos, nos movemos y existimos*”. (Hechos 17, 28)

Somos criatura limitadas con poca capacidad para recibir las gracias que se nos dan. Sólo Jesús pudo tener *la plenitud* del Espíritu Santo. Nosotros lo vemos de pasada y recibimos sus dones limitados por nuestra naturaleza. Ayer reflexionaba en ello. La antigua oración sobre el Espíritu Santo dice: “*Envía desde el cielo un rayo de tu luz*”. Más de eso no podríamos asimilar.

Desde que empecé a descubrir el tesoro inagotable que tenemos en los dones y la presencia de Espíritu Santo en nuestras vidas y la Iglesia, soy otra persona y seguro lo notarás en mis nuevos libros. Si eres observador verás que apenas mencionaba a la tercera persona de la Santísima Trinidad en mis libros, y quiero cambiar eso. Tengo más de 100 libros publicados en 4 idiomas y en ellos apenas menciono al gran Consolador, el Espíritu de Vida y de verdad. ¡Increíble!

Dios me ha dado una vida nueva y estoy asombrado por lo que ocurre en ella. No dejo de admirarme cada día. Pensé que había perdido esa capacidad de sorprenderme ante lo espiritual y estoy más que impactado, la palabra es: “AGRADECIDO”. ¿Cómo no estarlo? Ahora sé que el Espíritu de Dios siempre ha estado a mi lado, velando mis pasos.

Cuando lo conoces, se despierta en ti, una sed interior inagotable de Dios. Es impresionante. Quieres saber todo sobre la Trinidad y el Espíritu Santo. Deseas leer los libros que hablan de él. Buscas en Internet charlas en las que te explican quién es el Espíritu Santo, buscas personas entendidas que te compartan lo que saben de Él.

¿Y qué tienen que ver estas nuevas experiencias que estoy viviendo con este libro que tienes en tus manos? Es muy sencillo. Me encontraba ayer descansando cuando timbró el teléfono. Tengo un amigo de la Renovación Carismática que me ayudó mucho con mi libro: **“El Gran Poder Olvidado. Los 7 Dones del espíritu Santo”**. Entre tantas personas que consulté, fue uno de los pocos que me habló apasionado sobre las gracias y favores que recibimos del Espíritu de Dios para beneficio de la Iglesia y me orientó en las citas bíblicas que debía buscar.

—Tenemos algo importante que decirte Claudio — me dijo del otro lado de la línea —. Mi esposa y yo estábamos en oración, alabando al Espíritu Santo, agradeciendo a Dios sus muchos favores, pidiendo que nos enviara su Santo Espíritu y nos llegó al corazón esta voz que nos decía: “Hablen con su amigo el escritor. Díganle que quiero que

escriba un libro y lo titule: “**Los Sufrimientos de Cristo en mí**”. No es necesario que le den detalles. Con el título él sabrá qué debe hacer”.

Busqué un pliego de papel y anoté el título. Aquí lo tengo frente a mí. Me encantó.

—Es muy cierto —le respondí agradecido—. Con el título sabré qué hacer.

Pensé en ello y me dije:

—Sólo necesito prepararme bien, leer libros de espiritualidad, orar, pedirle a Jesús la gracia y al Espíritu Santo, mi nuevo compañero, que me ilumine. Iré a ver a Jesús Sacramentado al sagrario como hago siempre que empiezo un nuevo proyecto y le preguntaré: “*¿Qué quieres que escriba?*”

Te lo aseguro, Él siempre responde. Nunca deja una inquietud sin respuesta, por eso animo a todos los que puedo para que vayan a verlo al sagrario. He aprendido con los años que Jesús nunca deja a nadie igual. Siempre los escucha y atiende con cariño, les favorece con gracias abundantes para que puedan seguir en la vida y vencer los obstáculos que los paralizan. Tengo cientos de testimonios que poco a poco iré compartiendo en mis libros.

Son fabulosos. Vale la pena conocerlos porque te ayudan a comprender que Jesús está VIVO entre nosotros, en cada sagrario del mundo entero y es un gran aliado. Una de estas personas, un lector de mis libros, me escribió años atrás contándome su testimonio sorprendente. Sufría un cáncer invasivo que se le había regado por todo el cuerpo. Ya no había más nada que hacer y lo enviaron a su casa para que tuviera cuidados paliativos y muriera rodeado de su familia. No le daban más de 15 días de vida. Pidió que en el camino a casa se detuvieran en alguna iglesia para ir al oratorio y saludar a Jesús en el sagrario.

De rodillas y llorando le dijo: “Acepto tu santa voluntad y te ofrezco mis sufrimientos, los uno a los tuyos. Pero si quieres Señor, tú puedes sanarme”. Se levantó tranquilo y se fue a su casa. Al día siguiente despertó con las fuerzas y el vigor que había perdido. Algo había pasado. Su esposa, preocupada lo llevó de inmediato al hospital donde lo examinaron. Los médicos asombrados por este cambio, dictaminaron que “Milagrosamente” el cáncer se había detenido. Seguía teniendo la enfermedad, pero estaba inactiva. Y no sabían cuánto tiempo de vida esto significaría. Vivió 10 años más, gastando su vida al servicio de los

demás, orando, caminando en la dulce presencia de Dios.

Es curioso, casi siempre que voy a empezar un libro y lo visito en el sagrario, recibo en mi interior estas palabras: *“Diles que los amo”*. Y lo hago. Empiezo muchos de mis libros diciéndoles a los lectores que Jesús los ama. Me pasa igual cuando voy a una emisora católica para hablar de Jesús. Él es un gran amigo, el mejor de todo. Y me apasiona hablar de Él y su amor profundo infinito por una humanidad que a veces lo desprecia con sus actos.

Escribir mi reciente libro *“El gran Poder Olvidado, los 7 dones del Espíritu Santo”*, me hizo retornar a mi infancia y en muchos acontecimientos pude reconocer la dulce y majestuosa presencia del Consolador. Me pasaron muchas cosas que nunca imaginé, y que probablemente plasme muy pronto en un nuevo libro sobre el Espíritu Santo, por eso digo que soy otro Claudio, tal vez más maduro, sereno y feliz, que ahora confía en el amor de Dios. Me impulsa una fuerza en mi interior, un gozo sobrenatural, un misterio, y anhelo hablar y escribir de Él y que el mundo lo sepa, ***“Dios nos ama”***.

Hoy, día del Hermano Francisco de Asís, me senté a escribir e iniciamos este libro, como un gesto de agradecimiento, por tanto, amor. Hice una pequeña pausa para ir a misa. Debo llenarme de Dios para poder llevarlo a los demás. No puedes dar lo que no tienes. Y en la santa comunión le recibes como alimento para tu alma, y para que habite en ti. Y tú en Él. Para escribir de Dios, debes llenarte de Dios, pedir la unción del Espíritu y orar para que tus palabras sean como un fuego que encienda los corazones y las almas de los lectores.

Deseo que este libro te sea de bendición, oro por ello y para que te ayude a recuperar tu esperanza y alegría, que reconozcas al Cristo que habita en ti, pues somos templos de Dios.

Quisiera que empecemos este libro con una oración que me gusta mucho y suelo rezar, la del Cardenal Newman, “para irradiar a Cristo”. ¿La rezarías conmigo? La Madre Teresa de Calcuta aconsejaba a sus religiosas que la rezasen todos los días.

Amado Señor,  
**ayúdame a esparcir tu fragancia**  
donde quiera que vaya.

Inunda mi alma de espíritu y vida.  
Penetra y posee todo mi ser hasta tal punto  
que toda mi vida solo sea una emanación  
de la tuya.

**Brilla a través de mí,  
y mora en mí de tal manera**  
que todas las almas que entren  
en contacto conmigo  
puedan sentir tu presencia en mi alma.

**Haz que me miren y ya no me vean a mí  
sino solamente a ti, oh Señor.**

Quédate conmigo y entonces  
comenzaré a brillar como brillas Tú;  
a brillar para servir de luz a los demás  
a través de mí.

La luz, oh Señor, irradiará toda de Ti; no de mí;  
serás Tú quien ilumine a los demás a través de mí.

Permíteme pues alabarte  
de la manera que más te gusta,  
brillando para quienes me rodean.

**Haz que predique sin predicar,  
no con palabras sino con mi ejemplo,**  
por la fuerza contagiosa,  
por la influencia de lo que hago,  
por la evidente plenitud del amor  
que te tiene mi corazón.

Amén.

# **CAPÍTULO 1**

## **LA CRUZ**

*"Completo en mi carne lo que falta  
a los sufrimientos de Cristo"*

(Col 1, 24).

## TOMA TU CRUZ Y SÍGUEME

**S**antifica tus sufrimientos uniéndolos a los de nuestro Señor en la Cruz. Medita en la pasión de nuestro Señor, contéplalo en la cruz. Deja que te mire. Sé uno con Él. Te dará gracias inagotables y comprenderás. Algunas cosas solo se comprenden en el amor.

Decía san Josemaría Escrivá: “Si unimos nuestras pequeñeces, las insignificantes y las grandes contradicciones, a los grandes sufrimientos del Señor, Víctima, ¡la única Víctima es El!, aumentará su valor, se harán un tesoro y, entonces, tomaremos a gusto, con garbo, la Cruz de Cristo. Y no habrá así pena que no se venza con rapidez; y no habrá nada ni nadie que nos quite la paz y la alegría”.

Sí, hay *misterios* que solo se comprenden en el amor. Debes amar para poder entender el misterio. Se cuenta de san Josemaría que al visitar a una enferma en un hospital le sugirió que uniera sus sufrimientos a los de Cristo y le decía: “Bendito sea el dolor. Amado sea el dolor. Santificado sea el dolor... ¡Glorificado sea el dolor!”

¿Bastaron los sufrimientos de Cristo para salvarnos? Por supuesto. Fueron más que suficientes. Pero nos toca a nosotros hacer nuestra parte, abrazar su cruz, ser unos con Él, y vivir de acuerdo a sus mandatos, de otro modo no nos salvaremos. Una vez me preguntaron: “¿Cómo lograrlo?” Es algo que tienes a tu alcance y encuentras en las Escrituras. Mortificando nuestros sentidos, aceptando de buen agrado los sufrimientos que nuestro Señor tenga a bien permitir en nuestras vidas, uniéndolos a la pasión de Cristo y sobre todo aceptando en todo momento su santa voluntad que es perfecta.

La Biblia está llena de respuestas y nos da muchos indicios cuando queremos saber por qué. ¿Por qué gloriarnos en el sufrimiento y unirlos a la Cruz? Busquemos en la Escritura... “Más aún; **nos gloriamos hasta en las tribulaciones**, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.” (Rm 5, 3 – 5)

Seguro te preguntarás si este sufrimiento temporal que padeces en algo te ayudará en la otra vida. Acudamos otra vez a las Escrituras. “En efecto, la

leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna...” (2 Cor. 4, 17)

Es hora de desempolvar esa vieja Biblia que todos tenemos en nuestras casas, adornando una esquina y empecemos a leerla y a escuchar la voz de Dios quien tiene mucho que decirnos. Una vez me dijeron: “El Evangelio es para ser vivido en su radicalidad, como hizo san Francisco de Asís”, Tuve que reconocer que tenían razón, aunque cueste... y mucho. ¿Perdonar al que te hace daño, dejar de mirar una imagen que te da placer, retirar la vista, callar ante las humillaciones y las persecuciones? Cuesta tanto. No es fácil vivir el Evangelio y es casi imposible sin la gracia y la ayuda de Dios.

Me parece que te he contado de esta dulce ancianita que en ocasiones me telefona. Sufre muchas humillaciones en su casa, la familia la ha dejado de lado, está enferma y la edad la ha golpeado con muchas debilidades. La primera vez que me llamó, me contó sus dificultades. Por lo general, a todas las personas que me hablan de las dificultades de sus vidas les sugiero tres acciones muy simples y que he notado son muy efectivas:

1. Una buena confesión sacramental
2. Visitar a Jesús en el sagrario
3. Leer libros de espiritualidad.

Hace algunos años se me acercó un amigo afuera de la iglesia, que sufría mucho por un gran vacío existencial. La estaba pasando muy mal y no sabía qué hacer. Le sugerí: “Ya que estamos en esta iglesia, ‘por qué no aprovechas y haces una buena confesión sacramental? Me parece que debes restaurar tu amistad con Dios. Eso te hará mucho bien”.

Se alejó un poco perturbado por lo que le dije. Meses después me lo encontré en el mismo lugar a la salida de la misa dominical. Se me acercó, pero esta vez se le veía radiante, feliz. Me dijo: “Tenía años que no me confesaba. Lo hice y a medida que confesaba mis pecados más oscuros sentía que me quitaba de la espalda un pesado fardo. Entré al confesionario encorvado por el peso de mis muchos pecados y salí como un hijo de Dios, con la mirada hacia el frente, feliz”.

Ese día comprendí lo mucho que podría ayudar a las personas la confesión sacramental. Desde entonces la recomiendo a todo el que puedo.

Le hice estas sugerencias a la dulce ancianita que me había llamado y sufría mucho. Sobre todo, insistí en las visitas a Jesús en el sagrario. Sé por experiencia propia que Él no se hace esperar para llenarnos de dones y ternuras cuando lo visitamos, Le encanta que lo visiten. A las semanas me volvió a telefonar esta mujer anciana. Me dijo con un gozo en sus palabras: “Sufro señor Claudio, pero ahora uno mis sufrimientos a los de Cristo, y los ofrezco por las almas del purgatorio, la conversión de los grandes pecadores y la santificación de nuestros sacerdotes. Jesús me ha dado un propósito. Mis dolores son una ofrenda de amor. Sé que él la acepta y esto me da mucha paz No me quita los sufrimientos, sufro igual, me duelen las humillaciones y a veces lloro, pero el amor que me brinda Jesús desde su Cruz me permite aceptar esos terribles sufrimientos y ofrecerlos con amor. También sé que no estoy sola, que lo tengo como mi amigo en el sagrario. Visitarlo los domingos luego de la misa dominical es la mejor parte del día, lo que espero con ilusión toda la semana”.

Qué bueno es Jesús que a todos nos acoge con amor en el Sagrario. ¿le visitarás? ¿Podría pedirte un favor? Cuando estés frente a Él dile: “Claudio te manda saludos Jesús”. Me encanta sorprenderlo.

*Hay cosas que solo el  
amor puede explicar.*

## CUANDO DIOS TE TOCA

**C**uando Dios te toca, ya nada es igual para ti. Lo que antes valoraba ahora comprendes que de nada sirve en la Eternidad. Y que todo lo que haces en esta vida influye en la vida futura que vas a tener al lado de Dios. Por eso es urgente que lo sepamos. “Dios nos ama, como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo”. Sí, Dios te ama querido lector y verás su gloria y Majestad si transitas sus caminos y cumples sus mandatos y vives de acuerdo a su Palabra.

Siempre recuerdo la hermosa homilía de un sacerdote que solía visitar a los enfermos de un hospital público. Una tarde una de las enfermeras le advirtió de un enfermo, moribundo, al que nadie visitaba. Llevaba meses allí, solo.

El buen sacerdote lo visitó y se sentó a orar con él y hacerle un rato de compañía. Llegó un momento en que curioso le preguntó: “Le veo muy animado y feliz. Me enteré que pocas personas lo visitan. ¿Nunca se siente solo?” El enfermo hizo acopio de sus fuerzas para sentarse. Miró con ternura al sacerdote y le respondió:

“Uno mis sufrimientos a los de Cristo. Sufro con Él por la humanidad. Procuro que mis sufrimientos tengan un sentido sobrenatural, que vayan más allá y ayuden a los demás. Y en lo que respecta a estar solo, sí, en ocasiones me siento muy solo. Me he aprendido muchos versículos y oraciones de la Biblia y cuando estoy así, triste, cierro los ojos y me deleito repitiéndolas una y otra vez. Y recupero la alegría y la esperanza al comprender que nunca estamos solos, Dios nos acompaña. Somos sus hijos muy amados”.

El sacerdote terminó su historia diciéndonos: “Quedé maravillado con la fe de este hombre. A los pocos días partió al Paraíso. Esas palabras me confortaron más mí que a él. Y aprendí mucho sobre la Palabra de Dios, que es de consuelo en los momentos difíciles. Lean sus Biblias, sacudan el polvo que se ha acumulado sobre ellas, ábranlas, que Dios les quiere hablar”.

¿Sabes qué es lo que más le duele a Jesús? Nuestra indiferencia. Es lo que más lo hace sufrir. Le duele nuestra indiferencia a su amor y el sacrificio que hizo por nosotros en la Cruz. ¿Cómo darnos cuenta? Mira a tu alrededor, no tienes que esforzarte mucho, ve a los oratorios donde encontrarás sagrarios abandonados, donde nadie visita a Jesús.

Pero no todo es así, también recibe muchos consuelos de almas consagradas que están siempre en su presencia consolándolo, diciéndole que le aman. Gracias a ellos y sus oraciones seguimos en este mundo. Son los que detienen la mano de Dios que algún día vendrá a castigar a esta humanidad rebelde con grandes sufrimientos.

Pecamos mucho, porque amamos poco. Ofendemos a Dios porque no lo conocemos. No puedes amar lo que no conoces, es natural, solo podemos amar aquello que conocemos, por ende, debemos dedicar tiempo a conocer a Dios, a través de la Palabra, las homilías de los sacerdotes, un consejero espiritual, la sana lectura de libros de espiritualidad. Una de nuestras principales tareas en este mundo es el amor. Amar a Dios y a nuestros semejantes. No en vano el primer mandamiento es amar a Dios sobre todas las cosas. Este mandamiento es como un seguro de vida. Si lo cumpliéramos andaríamos por el mundo felices, con una serenidad y una paz sobrenatural. Nada nos sería imposible y tendríamos una vida sobrenatural envidiable. Andaríamos con la mirada en el cielo. Y es natural, si lo piensas te das cuenta que quien ama a Dios por sobre todas las cosas materiales, habría lo imposible por tenerlo contento y nunca, jamás ofenderlo.

Seríamos felices amando. San Pablo nos describió el amor, que también describe a Dios que es amor.

El amor es.... Poner todo, darlo todo, sin medidas.

Imagina si todos cumplieran los mandamientos de Dios. Sólo por un momento imagínalo. ¿Cómo sería este mundo? Podrías salir a la hora que quisieras de tu casa sin temor de ser asaltado porque nadie estaría robando, serías capaz de dejar abiertas las puertas de tu casa, sin miedo, confiarías en las personas y vivirías en paz.

¿Es fácil amar? No. Somos criaturas frágiles, de barro y tendemos al pecado pues nacimos golpeados por el pecado original.

Siempre recuerdo a una amiga del movimiento de los Focolares que salió una mañana de su casa decidida a amar, a todos, sin distinción. Llegó a las puertas de un supermercado y afuera estaba sentado un hombre muy pobre con la mano extendida. La llamó y ella se incomodó. “Perdone”, le dijo de golpe, “No tengo nada que pueda darle”. El hombre la miró bondadoso y respondió: “No quiero pedirle nada suyo”. Y le mostró sus piernas tullidas. “No puedo caminar, y tengo hambre”.

Sacó unas monedas y las extendió a mi amiga. “Lo que deseo es que, en nombre de Dios, me compre un café y unos panecillos dentro del supermercado. Estoy enfermo y me cuesta todo”. Mi amiga recordó las palabras que dijo antes de salir de su casa, la resolución que había tomado: “hoy voy a amar” y se sintió avergonzada. Y lo ayudó en seguida pidiéndole perdón por su falta de amor.

Me pasó algo parecido y creo que debo compartirlo contigo. Una vez salí en la búsqueda de Jesús. Había leído que, a los grandes santos de nuestra Iglesia, se les apareció en la forma de un pobre o un enfermo. Y le pedí esa gracia al Señor. “Yo también quiero verte”, le dije, “y reconocerte”. A los días acompañé a un amigo a un hospital para enfermos de cáncer. Él les llevaría la comunión y un rato de consuelo. Supe de inmediato que ese día vería a Jesús.

Cada vez que entrábamos a un cuarto me decía: “¿Eres Tú Señor?” Y buscaba a los que menos enfermos parecían. Aquellos más sanos, de buen semblante. “Señor” le dije, “el día termina y no te encuentro. ¿Dónde estás?” Entonces llegamos a un cuarto silencioso, al final del pasillo. No había ningún familiar. El televisor apagado. Sólo una cama al fondo y una persona en ella.

Entramos y me paré frente a la cama. Y me pareció reconocerlo. “¡Eres Tú!”, casi exclamo. Sentí un dolor interior, profundo, que me paralizaba. Era el más enfermo de todos. El irreconocible. Fue tal mi impresión que salí del cuarto a llorar. Lo tuve frente a mí y no pude verlo a los ojos. No tuve el valor. Su cuerpo estaba totalmente llagado. Era un Cristo sufriente. Regresé a mi casa y lo único que surgió de mi alma fue escribirte, contarte mi experiencia. Me preguntaba a menudo:

— ¿Por qué?

Un sacerdote amigo, a los días me respondió:

— Porque no amaste lo suficiente.

— Es verdad —, reflexioné —, de haber amado, habría podido abrazarlo y curar sus heridas. Y estar con Él.

Recordé a san Francisco, cuando corría por los bosques llorando: “¡El Amor no es amado! ¡El Amor no es amado!”.

***Jesús, Hijo de Dios, enséñanos a amar y reconozcete en el que sufre, el necesitado. Enséñanos a ser como Tú.***

## INSTRUMENTOS DE DIOS

Esa mañana desperté rezando:

—Señor, hazme un instrumento de tu paz.

A veces la vida nos sumerge en situaciones inesperadas, que no deseamos, pero que debemos afrontar. Y no sabemos cómo. Seguí orando:

—Señor, Hazme un instrumento de tu paz.

Y me marché al trabajo. Allí me llené de inquietudes y me hice muchas preguntas. Me llené de muchos: “¿por qué?”

Un amigo me pregunto:

— ¿Qué te ocurre?

—Tengo muchas preguntas— le respondí—. Y voy a ver al que tiene las respuestas.

Salí unos minutos para ir a una capilla cercana, donde estaba el Santísimo.

Entré saludando:

—Hola Jesús.

Y me quedé un rato con Él, preguntándole... Y por respuesta: un silencio abrumador.

Recordé las palabras que un amigo sacerdote me dijo:

—Desde el Sagrario, Él te ve y Él te oye.

Y yo pensé que no me veía y no me escuchaba.

Cuando me monté en el auto para volver a mi trabajo inicié este diálogo conmigo mismo, como si otra persona a mi lado me preguntara:

— ¿Encontraste tus respuestas Claudio?

—No. Jesús no respondió mis preguntas.

Me quedé un rato en silencio y continué:

—Curiosamente, llevo una gran Paz conmigo, una paz interior que no esperaba y que sobrepasa lo que soy capaz de contener. A pesar de mis problemas y sufrimientos, estoy experimentando una paz que desconocía.

— ¿Acaso olvidaste estas palabras de Jesús?: “*Mi paz os dejo, mi paz os doy*”. Él te da lo que necesitas, no siempre lo que pides.

En ese instante comprendí. Quedé tan impresionado que saqué mi vieja libreta del bolsillo de mi camisa y escribí esta vivencia.

Me pasé la mañana pidiéndole:

—Hazme un instrumento de tu Paz.

¡Jesús sí respondió! Y de la manera más impactante que puedas pensar. Sabes, no podemos dar lo que no tenemos. No puedo ser instrumento de algo que no tengo. Y aquella dulce mañana, Él me dio su Paz.

\*\*\*~::~~\*\*\*

*“Pues, así como abundan en  
nosotros **los sufrimientos de Cristo**,  
igualmente abunda también por Cristo  
nuestra consolación.”*

(2 Cor 1, 5)

## ¿POR QUÉ LA CRUZ? ¿POR QUÉ EL SUFRIMIENTO?

**M**e hago muchas preguntas. Comprendo tan poco. Siendo hijos de un Dios Todopoderoso estamos expuestos al dolor y el sufrimiento. Su propio hijo no estuvo exento de terribles pruebas que terminaron en una muerte atroz en la cruz.

Tengo tantas preguntas y termino diciéndome: “No dudes, no cuestiones tantas cosas. Jamás podrás comprender a Dios en tu limitada humanidad. Ten fe, confía y verás grandes portentos”.

Quiero aprender del amor. Salir cada mañana de mi casa, amando a mis semejantes. Tener caridad. Llevar a Dios a mis hermanos, los que viven solos, los que sufren, los que no han sentido el abrazo de un amigo. Es tan pobre mi fe. A veces me disgusto por las injusticias que se viven en este mundo e imploro a Dios: “Auméntame la fe”.

Trato de comprender y cuando nada entiendo lo miro en la Cruz. Jesús desde aquella cruz, moribundo, sediento, padeciendo dolores insoportables, tiene unos minutos para mirarme a los ojos y decirme: “Por ti, Claudio, lo hago por ti”.

Basta una mirada de Jesús para cambiar nuestras vidas. En el Evangelio tenemos muchos ejemplos maravillosos de personas que no pudieron resistirse a la mirada tierna de Jesús. Basta que Jesús te mire y tu vida cambiará.

¿Crees que alguien ha sufrido tanto como sufrió Jesús en el calvario? No sólo eran dolores físicos atroces, sino espirituales. Cargaba en ese momento nuestros pecados, millones de actos impuros y ofensas contra Dios, y los ofrecía al Padre con su tormento, para nuestra redención.

La Virgen seguramente lo sabía, en alguna oportunidad Jesús se lo habrá contado, como todo hijo que le cuenta sus secretos a su madre. Y ella, aceptó ese misterio que Dios permitía con la muerte de su Hijo y que se suscitaba en el Gólgota. Ella calló y sufrió muchísimo y seguramente ofreció a Dios esos horrorosos momentos que tuvo que padecer. Fueron indescriptibles por la saña y la crueldad con que se llevaron a cabo. Siempre me sorprende cuando Jesús en vez de sentir coraje por lo que le hacían frente a su madre, sintió compasión de todos y pidió a su Padre que los perdonara. La compasión es uno de los frutos del Espíritu Santo y Él tenía la plenitud de sus carismas.

Cuando meditas que aquellos soldados no tenían ningún poder sobre Él que es Dios y que fue como una oveja al matadero, sin ofrecer resistencia, para obedecer la voluntad santa de su padre, quedas consternado, paralizado de la impresión, con lágrimas en los ojos, conmovido irremediablemente por tanto amor inmerecido. Hace muchos años leí un escrito que te explicaba con sencillez por qué los sufrimientos de Jesús. Recuerdo sus palabras que tanto me han hecho reflexionar y meditar en este misterio: “Dios escogió el dolor para redimirnos porque todos sabemos lo que es el dolor, es algo que fácilmente reconocemos y comprendemos. Dios pudo elegir la pintura, pero no todos entienden de pintura. Pudo elegir la música, pero tampoco es comprendida por todos, pero el sufrimiento, el dolor es algo común a todos los seres humanos”.

Una vez un amigo se quejó conmigo porque le iba muy mal y lo trataban con desprecio en el trabajo. Era de ir a misa sin falta los domingos y frecuentaba la oración. “Sigues a un crucificado”, le respondí, “no esperes ser tratado mejor que Él”.

Se cuenta que san Francisco de sales consoló a un enfermo que se quejaba de tantos sufrimientos con estas palabras:

“No te entristezcas por recibir los golpes de la Providencia, medita esto: Es mejor estar en la cruz con el Salvador que mirarle solamente”.

Últimamente me ocurren cosas que no entiendo del todo, que me desconciertan. Por algún motivo pareciera que Jesús nos pide orar, con más insistencia, con mayor fervor. Nos llena de una alegría interior, tan suya, tan secreta, que acompaña la necesidad de oración. En esos momentos cierro mis ojos y me traslado con el corazón a una capilla y le visito en el Sagrario. De rodillas oro. Y le pido tantas gracias. Por las almas benditas del purgatorio. Por las familias. Por los niños que sufren las divisiones de sus padres. Por los buenos sacerdotes, para que les haga santos.

Verdaderamente siento que he estado allí, a los pies del Maestro, acompañándolo, hablando con Él, escuchando sus dulces palabras e inspiraciones Divinas que me mueven a rendirme ante Él.

El sufrimiento es un misterio que tal vez nunca lleguemos a comprender. La Virgen que es una madre consagrada de Jesús y madre de la humanidad, le dijo a santa Bernardita en Lourdes: “**¡No te haré feliz en este mundo, sino en el otro!**”

Sabemos que la felicidad plena, sin sufrimientos, ni angustias ni dolores la encontraremos en el Paraíso, viviendo una maravillosa eternidad al lado de Dios, pero para ello debemos esforzarnos, ganarnos el cielo con nuestras obras, hechas con amor y misericordia.

Mientras, unamos nuestros sufrimientos a los de Cristo y ganemos almas para Dios.

Guarda tu estado de gracia como un tesoro y mantén plena comunión con Dios, que es nuestro Padre.

Ofrece todo.

Acepta todo.

Ama todo.

Y nunca te desanimas, ni pierdas tu fe. Todo pasa. Esto también pasará. Dios va contigo. Y te acompañará siempre en cada instante de tu vida.

A menudo recuerdo aquel familiar al que se le murió su bella esposa. Estaban muy enamorados y el sufrimiento fue grande. Es algo que siempre me ha impresionado, la aceptación del hondo sufrimiento ofrecido a Dios, cuya voluntad es perfecta.

El día que celebraron la misa de difuntos, ocurrió algo inesperado. Al terminar la eucaristía, el esposo pidió un minuto para decir unas palabras. El sacerdote le señaló el púlpito. El esposo se paró con gran dignidad y entereza, levantó la mirada al cielo y dijo en voz alta:

*“Señor. No lo entiendo. Me duele. No lo comprendo. Pero lo acepto porque es tu santa voluntad. Y te lo ofrezco”.*

Un profundo silencio inundó aquella iglesia y se experimentó una gran paz y serenidad.

\*\*\*~::~~\*\*\*

## EL MISTERIO DE LA CRUZ

**M**i papá murió relativamente joven, de un cáncer violento que lo consumió. Estuve con él, abrazándolo en sus últimos momentos sobre esta tierra. Lo abrazaba, le decía que lo quería y le hablaba de una maravillosa eternidad que ese día podría conocer. Para mí, el tiempo se detuvo en aquél cuarto de hospital.

Cuando le detectaron el cáncer compró un libro extraordinario que siempre tuvo en la cabecera de su cama: “La Imitación de Cristo”, de Tomás de Kempis. Cuando mi mamá me preguntó qué recuerdo deseaba guardar de mi papá, sin dudarle le dije: “El libro de Kempis, la Imitación de Cristo”. Sé que mi padre valiente en la enfermedad ofreció sus sufrimientos a Dios, por su santificación y la de los grandes pecadores. Sufría dolores atroces, pero nunca nos lo hizo saber. Los soportaba callado, sin decirle a nadie.

Nos enteramos por una vecina que de casualidad lo vio desde su casa, que daba con la ventana de la casa de mi mamá. Allí estaba mi papá sentado, inclinado sobre la mesa del comedor, atrapado por

un dolor insoportable. En eso llegó mi mamá, abrió la puerta de la casa y él al instante se incorporó la saludó como si nada con total naturalidad. Ella quiso contarnos esta experiencia después que él murió.

Aquella tarde afuera del hospital había mucho sol y le hablaba de lo bello que estaba el día y que en el cielo lo esperaban. Después que dio su último suspiro, en mis brazos, recé un Padre Nuestro, le encomendé su alma a nuestro Padre Dios, le di un largo beso en la frente consciente que sería el último beso y salí de aquella habitación. Llevaba conmigo su libro: “Imitación de Cristo”.

Afuera en el pasillo me recosté sobre una pared y tomé un profundo aliento. Mi papá había muerto y el dolor me consumía el alma. Una extraña felicidad empezaba a inundarme el corazón, era una certeza que me venía de Dios. Lo sabía en el Paraíso.

Recostado en el pasillo, en silencio, sin saber qué pensar, abrí el libro que tantas veces ojeó para darse el coraje de enfrentar aquella terrible enfermedad y cargar su pesada cruz.

Pasé sus páginas y me di cuenta que una estaba particularmente subrayada. Me llamó la atención.

¿Qué vio mi papá en ella? ¿Por qué se detuvo a marcarla con tanto afán? Me sobrecogió lo que leí, era demasiado para mí en esos momentos de tristeza, pero me dio una sensación de alivio. Él sabía a lo que se enfrentaba y decidió aceptar su cruz, a pesar de las consecuencias. Leí el texto. Decía:

“¿Por qué teméis tomar la cruz, por la cual se va al reino? En la cruz está la salud, en la cruz la vida, en la cruz está la defensa de los enemigos, en la cruz está la infusión de la suavidad soberana, en la cruz está la fortaleza del corazón, en la cruz está el gozo del espíritu, en la cruz está la suma virtud, en la cruz está la perfección de la santidad. No está la salud del alma, ni la esperanza de la vida eterna, sino en la cruz. Toma, pues, tu cruz, y sigue a Jesús, e irás a la vida eterna”.

Se me ocurrió completar su pensamiento y me dije:  
*“En la cruz, está el Amor”.*

\*\*\*~::~~\*\*\*

*“Ya que Cristo padeció en la carne,  
armaos también vosotros de este mismo  
pensamiento: quien padece en la carne,  
ha roto con el pecado...”*

(1 Pedro 4, 1)

## LA ESCUELA DE LA CRUZ

Llevo días que voy a misa y siento que debo ver la gran cruz que cuelga detrás del altar. Es como una certeza. Me parece que algo me quiere enseñar el buen Jesús y no descubro qué es. Lo miro y pienso: “Mi buen Jesús, ¿qué es?” Sientes que te mira desde aquella cruz y te habla con su mirada. Es tan pura, llena de amor. Me sé pecador y me cuesta sostener la mirada.

Hoy al terminar la misa me quedé un rato con Él preguntándole: “¿Qué puedo aprender de tu cruz Señor?” Para muchos santos la cruz de Cristo era una escuela de santidad. Recordé en ese momento un trabajo en el que me asignaron una oficina cerrada, sin ventanas ni cuadros en las paredes. Aprovechaba a ratos el silencio para elevar una oración a Dios. Conversaba con Jesús. Imaginaba que me acompañaba y charlábamos. Me encantaba porque experimentaba su cercanía, su amistad, su inmenso amor. Fue entonces cuando me di cuenta que en aquella pared vacía me faltaba una cruz que me recordara mi vocación, nuestro llamado a la santidad. Como no tenía ninguna, tomé un pedacito de papel, dibujé una cruz y la pegué frente a mí a la altura de los ojos.

Desde esa tarde, mi cruz de papel me acompañaba durante el trabajo. La veía, rezaba y reflexionaba en el sacrificio de Jesús. Te parecerá una tontería, pero esto tan sencillo, me hacía amarlo más, experimentar su presencia, su ternura.

Me parece que alguna vez te lo he contado. Mi papá era hebreo, se convirtió al catolicismo algunos años antes de morir. Estuvo signado por una cruel enfermedad. Y sufría. Nunca nos dimos cuenta porque lo soportaba en silencio.

No se quejó. Ofreció todo por el bien de las almas. Al morir, mi mamá me entregó un pequeño libro. Se veía desgastado y estaba subrayado en diferentes lugares.

“Siempre lo tuvo en su mesita de noche”, me dijo mi mamá. “Con la Biblia, era su libro de cabecera. Lo consoló y ayudó a soportarlo todo”. Te lo he contado ya, era el libro: “La Imitación de Cristo” de Tomas de Kempis. Todavía lo conservo conmigo y en ocasiones lo ojeo. Me ayuda a seguir el recorrido espiritual de mi papá. A comprenderlo un poco más. Una de sus páginas está más gastada que las demás. Se nota claramente que era lo que leía y releía. Éste es el texto:

“¡Ojalá que fueses digno de padecer algo por el nombre de Jesús! ¡Cuán grande gloria te resultaría! ¡Cuánta alegría a todos los Santos de Dios! ¡Cuánta edificación sería para el prójimo!”

Cerré el libro. De alguna manera Dios me estaba hablando. Y me preguntaba compasivo: “¿Ahora comprendes Claudio?” Y yo le respondía: “Ahora comprendo Señor”. Tienen sentido tus palabras: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” Pero, ¿por qué la cruz? Es la pregunta que me he estado haciendo en estos días: “¿Por qué un sufrimiento tan atroz? ¿Acaso no eres el hijo de Dios?” Llevo sobre mi cuello colgada una Tau, la cruz franciscana. La miro y aun así me cuesta comprender.

“¿Por qué la cruz, Señor?”, le pregunto insistente.

“Acércate Claudio, mírame en la cruz. Observa con cuidado. ¿Qué ves?”

“Algo espantoso. Cruel. De estar allí me habría indignado y peleado por ti”.

“Así han dicho algunos, Claudio. Así me dijo Pedro. Y en el momento de la prueba me negó. Así tenía que ser. Cayó y fue redimido, consolado, perdonado. Esta prueba fue un cáliz amargo que el

Padre me dio, ¿Lo iba a rechazar?... Lo hice por ti, por ustedes”.

“Te miro en la cruz Señor y no comprendo, ¿por qué te dejaste?”

“Por amor”.

“He aprendido Señor que debo amar, pero no sé cómo. Hace poco me señalaron con acusaciones absurdas, y quisieron hacerme daño. Me sentí injustamente perseguido, calumniado. Y tuve miedo. Hice lo que siempre hago cuando enfrento un conflicto, te visité en el sagrario y te lo expliqué todo. Salí de aquél oratorio en completa paz, consolado. Sabía que todo terminaría bien. Y así ocurrió. Todo terminó, pero fue un conflicto doloroso”.

La cruz es algo que humanamente no podremos comprender. El año pasado tuve que cargar una cruz más pesada de lo usual. Y me quejé. Pero también tuve momentos de aceptación, de oración y reflexión. “Debo pensar que a Dios se llega por la cruz”, me dije en medio de aquella tormenta. “Esta es una lucha espiritual. Y mi cruz en realidad no es una prueba, es un camino que debo recorrer. Dios lo ha previsto así en su infinita sabiduría. Debo confiar”.

He sufrido, pero también le ofrecí a Dios todo cuanto pude: mis tristezas, los miedos, la esperanza, mi falta de fe. Me perseguían injustamente. Pensé en medio de tanta angustia: “Si el sufrimiento es inevitable, puedes darle valor”. Quisieron hacerme daño y, sin darse cuenta, colocaron en mis manos un tesoro: “El sufrimiento”.

Cuando sufres y ofreces tus sacrificios, y los unes a los de Jesús haciéndote UNO con Él, la oración llega a Dios como un incienso grato.

Pude ofrecerlo. Lo tomé en mis manos, las elevé al cielo y le dije a Dios: “Te lo ofrezco, es por tu amor”. Y en ese momento amé a mis perseguidores. Y los perdoné. Entonces comprendí. Ahora tenía sentido tu cruz. Todo era uno: “El perdón, el amor”. Qué pequeño fue mi sufrimiento al lado tuyo. Hoy quiero estar junto a ti, mirándote en la cruz. “Señor, dame la gracia de comprender que lo hiciste porque me amas y que yo pueda perdonar y amar”.

Hace muchos años, cuando mi hijo mayor estaba pequeño, jugábamos una noche al escondite en la casa. Nos dividimos en dos equipos, los papás y los hijos. Nos divertimos en grande. Al terminar el

juego fuimos a comprar unos refrescos. Y de repente exclamó: **“¡Papá, yo quiero ser del equipo de Jesús!”**.

Me sonreí feliz ante esta observación. Él tenía toda la razón.

“Yo también.” le respondí sorprendido.

La sabiduría de los niños no tiene comparación. Es natural, sincera y pura.

En mi país, Panamá, hay una historia muy simpática y conocida, de los principios de la Patria; que aprendimos en el Colegio. Existían dos partidos políticos en pugna, los conservadores y los liberales. Se cuenta que había un chinito que se dedicaba a lavar ropa. Caminaba cierta noche para entregar la ropa que había lavado y un grupo armado le salió al paso.

“¡Alto!... ¿De qué lado estás?”, le preguntaron amenazantes

“Libelal”, respondió el chinito.

Eran conservadores y lo molieron a golpes.

La siguiente noche volvió a salir y encontró otro grupo.

“¡Alto!... ¿De qué lado estás?” le preguntaron.

Rápidamente el oriental respondió: “Conselvadol”.

Eran liberales y nuevamente recibió una tanda de golpes.

La tercera noche salió por su trabajo y volvieron a detenerlo.

“¡Alto!... ¿De qué lado estás?”

El chinito angustiado, rápidamente respondió:

**“Di tú plimelo”.**

Empiezas tu recorrido cargando tu pesada cruz, la que Dios dispuso para ti. ¿La vas a dejar de un lado o la vas a abrazar con AMOR? Querido lector... ¿De qué lado estás?

Yo, con Jesús. Aunque a menudo le doy la espalda. Y parece que estoy del otro lado, de los no hacen la voluntad de Dios.

**Seguir a un crucificado no es fácil, es exponerse a que te hagan lo mismo.** Probablemente te harán falsas acusaciones, muy a menudo humillándote, desacreditándote, crucificándote con las palabras.

Nos habían advertido que esto pasaría. Recuerda lo que dice Eclesiástico (2, 1-5) **“Si te has decidido a servir al Señor, prepárate para la prueba... Acepta todo lo que te pase y sé paciente cuando te halles botado en el suelo. Porque, así como el oro se purifica en el fuego, así también los que agradan a Dios pasan por el crisol de la humillación”.**

\* \* \*

Hoy leí estas fuertes palabras que me inquietaron: **“No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial”.** (Mateo 7, 27)

Esto me preocupa. Soy de esos que dicen: **“Señor, Señor...”** Pero no siempre le demuestro. A veces dudo y confió poco.

Yo quiero estar con Jesús, al pie de la cruz, como san Juan, aunque sea un pecador y no siempre le demuestre mi fe.

Que sepa que lo amo. Y que le agradezco lo que hizo por nosotros, por ti y por mí.

Quiero cambiar... Decidirme por **Jesús, aunque vengan las pruebas.**

Esta semana santa si te detienen y te preguntan:  
“¿De qué lado estás?

¿Qué responderás? ¿Estás seguro?

Yo sí...

**“Estoy del lado de Jesús”.**

\*\*\*~::~\*\*\*

*“Mi gracia te basta, que mi fuerza  
se muestra perfecta en la flaqueza”.*

(2 Cor. 12, 9)

## **CAPÍTULO 2**

### **JESÚS EL HIJO DE DIOS**

Disponte, pues, como buen y fiel siervo de Cristo, para llevar varonilmente la cruz de tu Señor crucificado por tu amor.

Prepárate a sufrir muchas adversidades y diversas incomodidades en esta miserable vida; porque así estará contigo Jesús adondequiera que fueres; y de verdad que le hallarás en cualquier parte que te escondas.

Bebe afectuosamente el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo, y tener parte con Él.

Remite a Dios las consolaciones, para que haga con ellas lo que más le agradaré.

(Imitación de Cristo)

## ES JESÚS QUE PASA

**E**n días como hoy, suelo preguntarme qué puedo ofrecer a Jesús. Y llegan a mi mente estas palabras: **“Id, pues, a aprender qué significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificio.”** (Mt 9, 13) Jesús pasa en este momento frente a nosotros. Se detiene, te sonrío y te pregunta: “¿Qué puedo hacer por ti?” Yo suelo imaginarlo caminando cerca y me acerco, me pongo de rodillas, coloca sus manos sobre mis hombros y me hace esa pregunta. Siempre respondo: “Señor, que vea”. Quiero comprender el misterio, el don de Dios, el conocimiento de Dios que nos está vedado por nuestra limitada humanidad. “Que vea Señor. Quiero comprender. Tengo hambre y sed de Dios”.

¿Sufres y te quejas? ¿Crees que yo no tengo dificultades? ¿Que mis problemas son pequeños? No imaginas cuán equivocado te encuentras. Todos, en alguna medida tenemos pruebas y dificultades. Unos más, otros menos. Suelo aceptar los problemas con resignación. Pienso en estas palabras de santa Teresa: “La paz, siempre la paz, se encuentra en el fondo del cáliz”. Y renuevo mis esperanzas.

Hay otra frase que me anima a seguir. Cuando estoy en una dificultad muy seria me digo una y otra vez: “Esto también pasará”.

No sé qué habría sido de mi vida, sin la dulce presencia de Dios.

¿No entiendes por qué te pasa esto? He aprendido que no es necesario comprender la voluntad de Dios, que es perfecta. Hay que amarla, como lo amamos a Él y aceptarla, abrazarla.

Creo que la perfección está en esto: *en amar y dejarnos amar por el Padre.*

Hace mucho que dejé de cuestionarme. ***¿Acaso puede el barro cuestionar al alfarero?***

Ahora me dedico a conocerlo, a leer su Palabra y tratar de vivirla, a buscar su gracia y su amor, como el mendigo que busca favores. Descubrí que sus promesas son ciertas y verdaderas. Se cumplen siempre. Por eso me impresionan e ilusionan tanto, como estas palabras tuyas: “No anden tan preocupados ni digan: ¿tendremos alimentos? o, ¿qué beberemos?, o ¿tendremos ropa para vestirnos? Los que no conocen a Dios se aferran a estas cosas, pero el Padre del Cielo, Padre de ustedes, saben que necesitan todo eso.

Por lo tanto, busquen primero el Reino y las Justicia de Dios, y se les darán también todas esas cosas”. (Mt 7, 31-33)

Nosotros pensamos en lo temporal, nos aferramos a la vida. Deseamos poseer bienes y lograr grandes posiciones en la sociedad. Te das cuenta cuando alguien te dice: “Yo soy...” Y tú piensas admirado: “oh, qué importante es”. ¿Jesús?... Él piensa en términos de eternidad. Lo suyo es al Amor, la santidad, la humildad.

Cada vez que he sufrido me parece escuchar a Jesús preguntando: “¿Me ofrecerás tu dolor?” “Sí, Jesús”, le respondo, “por tu amor, por las almas del purgatorio, por la santidad de tus sacerdotes, por los que viven en peligro de perderse”. Me han pasado cosas muy curiosas con Jesús. Recuerdo una vez que fui a verlo para quejarme por los muchos problemas que tenía., Me acerqué y le dije: “Ayúdame”. Y me pareció que desde el sagrario me respondía: “Ayúdame”. Entonces comprendí mi error y le dije: “Sí Señor, cuenta conmigo”.

Él tiene una pedagogía simpática, una manera muy particular de mostrarte el camino. Y el más certero de todos es la cruz. A sus predilectos, los hace sufrir más.

El sufrimiento, ofrecido, aceptado, tiene un valor infinito. Nos llena de gracias, nos purifica.

Y cuando ya nos puedas más, ora con los salmos. Hay tanta riqueza en ellos.

Éste en particular (el 27) te anima a enfrentar las grandes pruebas de la vida, a superar tu dolor:

“El Señor es mi luz  
y mi salvación,  
¿a quién he de temer?  
Amparo de mi vida es el Señor,  
¿ante quien temblaré?”

Contigo Señor, nada temeré.

\*\*\*~::~~\*\*\*

## CRISTO ESTA CONMIGO

**H**ay unos escritos de san Juan Crisóstomo que siempre me han impactado. No por el contenido de sus palabras, sino por la certeza, la fe, la serenidad con que este santo declara su confianza en Jesús.

“Cristo está conmigo, ¿qué puedo temer?... Él me ha garantizado su protección. No es en mis fuerzas que me apoyo. Tengo en mis manos su palabra escrita. Éste es mi báculo, ésta es mi seguridad, éste es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo, porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que ella me dice? Yo estoy con otros todos los días, hasta el fin del mundo. Cristo está conmigo, ¿qué puedo temer? Que vengan a asaltarme las olas del mar y la ira de los poderosos; todo eso no pesa más que una tela de araña”.

La fe verdadera es certeza, no dudas. Es serenidad, no angustia. Es alegría, no tristeza. Es la capacidad de enfrentar al mundo, porque sabemos que no estamos solos, que Jesús nos acompaña.

*¿Te llamas cristiano  
y le huyes a la cruz?*

## AQUÍ ESTOY SEÑOR

**M**e tienes en tu presencia amorosa. He venido a verte y hablar contigo. Aún no encuentro respuestas a mis inquietudes.

¿Quién eres tú?  
¿Quién soy yo?  
¿Qué deseas de mí?  
¿Cómo puedo encontrarte?  
¿Por qué el sufrimiento?  
¿Por qué a veces siento  
que no puedo más?  
Hay tanto que deseo saber.

Hijo mío:

*“Si supieras cuánto te amo. Si tuvieras un poquito de fe. Si te animaras a confiar en mis desig-nios. Si me buscaras con más frecuencia. Enton-ces, tu vida cambiaría. Serías inmensamente fe-liz”.*

Hay días, no sé si a ti te ha pasado en que todo es confusión. Nada sale como esperas. Y por más que te esfuerzas no logras salir adelante. Has agotado tus fuerzas y comprendes que necesitas a Dios, que sin Él nada eres.

“Señor, tú has vencido.  
Heme ante ti,  
yo soy tuyo eternamente.  
No quiero sino lo que  
en un tiempo no quería,  
no deseo sino amarte.

Señor, tú has vencido.  
Heme a tus pies,  
como un prisionero  
que humildemente  
implora gracia.

Pero la única gracia  
que te imploro  
es la de poder amarte”.

**San Agustín**

## DIOS ES LA RESPUESTA

¿Sufres? Lo sé, hay tanto sufrimiento a nuestro alrededor. No comprendemos por qué debemos padecer este dolor sin fin. Un familiar cercano que ha fallecido, la falta de amor en el hogar, las muchas necesidades que no podemos suplir, el sentirnos solos y abandonados.

Recuerdo a una ancianita que solía visitar para llevarle la comunión. Estaba tan débil que no podía pararse de su cama. Una vez me dijo:

— Ya ve cuánto sufro.

Le respondí con aquellas palabras sobrenaturales que san Josemaría Escrivá, siendo un joven sacerdote, le susurró a un enfermo, tras administrarle los santos óleos:

— Bendito sea el dolor. Glorificado sea el dolor.

Le expliqué el sentido del sufrimiento ofrecido a Dios. Ella se quedaba tranquila, serena. Y tomándome de la mano me decía:

— Hay tanto por qué ofrecer.

— Así es — le respondí.

Cerraba sus ojos y se quedaba reposando, meditando su vida, soportando el dolor.

La verdad es que Dios nunca nos abandona. Soy testigo de cómo ha cambiado la vida de muchos a mi alrededor. Han aprendido a reconocer que “Dios está vivo, y nos ama”. ¿Cómo no amarlo? ¿Cómo no anhelar estar en su presencia?

Hace unos días me contaron la historia de este hombre al que le descubrieron un cáncer terminal. Estaba joven, casado y tenía tres hijos pequeños.

Ese día tomó su auto y se fue a dar vueltas, sin poder contener su dolor y su angustia, mientras le reclamaba a Dios: “¿por qué a mí?, ¿por qué a mí?” Lloraba acongojado sin poder contenerse. De pronto sintió una dulce presencia, como una suave brisa que lo envolvía, y escuchó con la claridad del día, una voz amable que le dijo: “No temas. Yo estoy contigo”.

La dulce presencia de Dios siempre me ha cautivado. He sentido su mano amorosa en lo cotidiano, lo natural y lo sencillo.

Mi esposa y yo tenemos cuatro hijos. Cuando Claudio Guillermo estaba pequeño, solíamos decirle: “Lo más importante es la familia”. Hasta que un día nos replicó: “*Dios y la familia*”.

He allí el secreto de la verdadera felicidad. Vivir en la presencia de Dios. Convertir nuestra familia en un santuario, donde nos sintamos amados, protegidos y seguros.

Este libro, querido lector, fue escrito para ti. Te ayudará a reencontrarte con el Padre Eterno y su Amor infinito y aceptar el sufrimiento, aunque no lo comprendas y a ofrecerlo por el bien de tantas almas, necesitadas de nuestras oraciones.

Sólo Dios es la respuesta. No hay más. Con Él, a tu lado, serás feliz. Tu vida dará un giro inesperado, remontarás los momentos de dolor y alcanzarás la Paz.

\*\*\*~::~~\*\*\*

## LEE A JOB

Ocurre que de pronto piensas que Dios te ha olvidado. Te asedian tantos problemas y no los puedes comprender. Quedas envuelto en un torbellino del que parece no existir salida.

Recientemente pasé por algo parecido, y sentí una gran confusión. Procuraba estar tranquilo y confiar en Jesús. Solía visitarlo en el Sagrario para quejarme, y oraba con el salmo 6:

“Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues si estás enojado. Ten compasión de mí que estoy sin fuerzas; sáname pues no puedo sostenerme. Aquí estoy sumamente perturbado, y tú, Señor, ¿hasta cuándo?... Vuélvete a mí, Señor, salva mi vida, y líbrame por tu gran compasión”.

Sentí entonces como si una voz interior me dijera:

— Lee a Job.

— ¿Job? — me dije extrañado.

Y fue lo que empecé a hacer, y lo que te recomiendo cuando no entiendas lo que te ocurre. Mientras escribo, tengo frente a mí una Biblia. Está abierta en el libro de Job. Ahora se ha vuelto un amigo entrañable. Me ayudó a comprender las enseñanzas de Nuestro Señor.

¿Quiénes somos para quejarnos ante Dios? ¿Acaso pensamos ofrecer nuestros sufrimientos por la salvación de las almas? No somos dignos de nada. Todo es gracia de Dios.

Job lo supo bien. “Reconozco que lo puedes todo, y que eres capaz de realizar todos tus proyectos. Hablé sin inteligencia de cosas que no conocía, de cosas extraordinarias, superiores a mí. Yo sólo te conocía de oídas; pero ahora te han visto mis ojos. Por eso retiro mis palabras y hago penitencia sobre el polvo y la ceniza”. (Job 42, 2-6)

Comprendes de pronto lo pequeño e insignificante que eres ante la inmensidad y magnificencia del Dios Creador.

Parece como si Dios mismo te llevara al límite, para probar tu fe, fortalecerla y hacerte entender que nada podemos sin Él.

*El dolor, el sufrimiento, la vida misma,  
adquieren un nuevo significado, cuando  
los unimos a los sufrimientos de Cristo  
en la cruz.*

## LA ORACIÓN

Cuando veo sombras a mi alrededor, me gusta refugiarme en la oración. El padre Pío decía siempre: “La oración es la llave que abre el corazón de Dios”, y santa Teresita de Lisieux escribió: “¡Qué grande es el poder de la oración! Se podría comparar con una reina que siempre tiene libre acceso al Rey y consigue todo lo que le pide”.

Lo he comprobado a lo largo de mi vida, Dios siempre escucha la oración. Rezo con los salmos, recordando que Jesús también lo hizo, al igual que san Pedro y los otros apóstoles; María su Madre Inmaculada, y san José su padre terrenal. Es un hablar con Dios, que te renueva por dentro, te acerca al Padre, te llena de serenidad y esperanza. *¿Cómo vivir sin hablar con Dios?*

Encuentro en la oración la fortaleza que necesito para enfrentar las dudas y los temores que nos asaltan. Entonces desaparecen todos los temores porque sé, con certeza absoluta que no estoy solo, que Jesús me acompaña.

Te comprendo. Has tratado tanto y al final las cosas no salieron como esperabas. No es tu culpa. Hiciste cuanto estaba a tu alcance, lo sé. Vamos... ¡Confía!

Procuras confiar, pero te cuesta, ¿verdad? A mí me ocurre con frecuencia. Confiar en Dios y abandonarnos en su santa voluntad sin comprender casi nada, es muy difícil. Pero todo se logra en la oración, pidiendo a Dios nos aporte lo que nos falta. Tú pon lo tuyo, Él pondrá lo demás.

Imagina que vas por la calle y miras al cielo como quien busca a Dios y le dices una palabra: “Espero”. Haces una pausa y añades: “Señor”. Sigues caminando y continúas: “Mi alma espera”. Recuerdas tus problemas y se los entregas, los depositas en su corazón, para que Él se ocupe de ellos: “Confío en tu palabra”. Dime si en este mundo encontrarás algo que te dé más paz interior. Recordarle al buen Dios que confías en su Palabra.

Si estás atento, seguramente escucharás su respuesta, que ha bajado desde el cielo para ti:

*“Nunca te defraudaré”.*

## LAS PALABRAS DE JESÚS

**S**iempre me llamó la atención el encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús. La verdad es que me encanta. Lo leo y releo con tanto gusto. ¡Cuánto me hubiera gustado ser uno de ellos! Estaban desilusionados y tristes. Y de pronto se les aparece Jesús en el camino. “Acompañándolos, les dijo: “¡Qué poco entienden ustedes y qué lentos son sus corazones para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No tenía que ser así y que el Mesías padeciera para entrar en su Gloria?” Y les interpretó lo que se decía de Él en todas las Escrituras, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas” (Lc 24, 25-27).

Yo me preguntaba: “¿Qué les habrá dicho Jesús que hizo arder sus corazones?”

A veces leo la Biblia en busca de esas palabras. Recientemente encontré éstas: “Salta lleno de gozo, oh hija de Sión, lanza gritos de alegría, hija de Jerusalén. Pues tu Rey viene hacia ti; Él es santo y victorioso, Humilde, y va montado sobre un burro, sobre el hijo pequeño de una burra...”. (Zacarías 10, 9)

¿No te parece una descripción tierna y extraordinaria de Jesús? Él es santo, y victorioso, humilde... montado en un burrito. Jesús tenía la tranquilidad de saberse Hijo de Dios. Nosotros también somos hijos de Dios, pero no tenemos esa tranquilidad. Tal vez cuando confiemos en nuestro Padre del cielo, y nos abandonemos, y tengamos más vida interior, podremos despreocuparnos de las cosas temporales; sabiendo que la Providencia nunca faltará.

La vida adquiere un nuevo significado cuando la llenamos de Dios. Cuánto podemos aprender de ese burrito inocente que llevó a Nuestro Señor. Podemos ser humildes... como un burrito que lleva a su amo, sin derecho a nada. Cumplir nuestro trabajo cotidiano procurando en todo agradar a Dios, no esperando premios ni halagos. Simplemente llenar el día con pequeños actos de amor, al Dios Creador. Solía decir un amigo: “El orgullo es un mal consejero”. La vida pasa tan rápido. Con los años terminas comprendiendo que es verdad, el orgullo no tiene sentido, nunca nos dará la paz interior. Es mejor ser como Jesús... Santo, victorioso y humilde. *“Señor, que tu regreso sea para nosotros, una dulce esperanza, un anhelo realizado”*.

## LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

**H**ace algunos años descubrí una práctica piadosa que no he dejado hasta el día de hoy. Es la Comunión espiritual.

Muchos santos y sacerdotes nos hablaron sobre esta devoción de piedad, alentándonos a practicarla. San Josemaría Escrivá también escribió sobre este admirable misterio que nos confiere las gracias de la comunión Eucarística:

“¡Qué fuente de gracias es la Comunión espiritual! – Prácticala frecuentemente y tendrás más presencia de Dios y más unión con Él en las obras”. (Camino)

Por el deseo sincero de recibirlo, Jesús te confiere la gracia. Lo da todo por las almas que tanto ama. Basta que lo deseen. Su Misericordia no tiene límites.

Cuando, por algún motivo, no he podido recibir la comunión Eucarística, sé que me queda la comunión espiritual.

Yo la recomiendo mucho, sobre todo a los que no pueden comulgar.

A veces, mientras conduzco el auto, hago un alto y repito la fórmula que me enseñaron un día para hacer la comunión espiritual. También, durante la santa misa, en el momento que el sacerdote eleva la Hostia consagrada. ¡Qué momento!

Jesús sabe encender nuestros corazones y siembra en nuestras almas el deseo fervoroso de recibirlo... ¡dulce huésped del alma! Es una oración, sencilla en sí misma, pero, ¡cuán eficaz!

*“yo quisiera Señor recibiros  
con aquella pureza,  
humildad y devoción  
conque os recibió  
vuestra Santísima Madre,  
y con el espíritu  
y fervor de los santos”.*

Debiéramos repetirla con frecuencia, cada vez que podamos, y vivir más íntimamente unidos a Nuestro Señor.

Jesús es muy especial. Nos da un regalo maravilloso en cada una de sus palabras. Nos llena de esperanza. Nos hace saber que somos hijos de Dios, que no habrá nada imposible para nosotros si creemos y confiamos.

Desde el Sagrario, Jesús nos mira compasivo y nos sonrío bondadoso, como un hermano, como un amigo entrañable y bueno. Sabe que no hay motivos para temer. Si las almas le conocieran, no dudarían en abandonarse en su Misericordia.

Con Jesús somos capaces de vivir intensamente, aquella vida que siempre hemos deseado, la santidad anhelada que guardamos dentro de nosotros desde niños, cuando recibimos por primera vez a Nuestro Señor en la Santa Comunión.

¿Recuerdas aquél día? Tenías la felicidad a flor de piel, todo te parecía maravilloso. Un solo pensamiento llenaba tu vida y tu corazón: “el Amor de Jesús”.

Los años han transcurrido y ahora sientes que nada es igual. Los golpes de la vida te han llevado por otro camino.

He aprendido que con Jesús todo cambia. Nadie permanece igual en su presencia. Tienes la oportunidad de enmendar tus errores y salvar tu alma para la Eternidad.

Aún hay tiempo.

Estás en el mejor momento de tu vida. Cuando puedes decirle a Jesús:

*“Quiero ser tuyo, que mi vida te pertenezca”.*

Por Su gracia y Su Amor lo serás.

\*\*\*~~~\*\*\*

## ESPERANDO A JESÚS

**M**e ha tocado ir al aeropuerto para recibir a mi cuñada con sus hijos y mientras espero me detengo a observar a las personas que están allí esperando un familiar.

Tienen una gran emoción que se les desborda cuando anuncian la llegada del avión. A cada instante se asoman al corredor por donde deben salir los pasajeros.

De pronto las miradas se iluminan, una sonrisa se les dibuja en el rostro. Algunos hasta lloran de la felicidad. Y se arrojan en los brazos del ser amado. Luego, algunas palabras y por último les ayudan con las maletas.

Espera a Jesús como a un ser amado que llega de viaje sorpresivamente.

¿Qué sentirías si de pronto el Papa tocara tu puerta? Abres y te encuentras frente a él. Sorpresa. Alegría. Ilusión. Deseos de llamar a todos tus familiares para contarles.

Luego tratas de ir recogiendo en el camino las cosas que están tiradas, el sofá que no arreglaste, los platos sucios, que no los vea el Papa...

Le darás tu mejor silla, prepararás la mejor bebida para ofrecerle. Y te sentarás aún con la respiración agitada, para escucharlo y estar cerca de él.

¿Has visto al Papa en televisión cuando se acerca para saludar a los fieles? A su paso las personas quedan llorando. Es la cercanía de la santidad. Nadie queda indiferente.

Si es así con el Vicario de Cristo, ¿cómo será con Jesús? ¿Qué pasaría si te enteras que muy pronto llegará y visitará tu casa? Te aseguro que perderás tus miedos y los reemplazarás con la ilusión y una alegría verdadera.

Pintarás los cuartos, comprarás ropas nuevas, prepararás todo para su llegada con manteles limpios... buscarás un sacerdote y harás una confesión fervorosa, realizarás obras buenas que puedas ofrecerle, y le dirás a todo el que veas sobre esta maravillosa visita que se aproxima.

Pienso que no me equivoco al juzgar tu reacción. Él es más que cualquier Rey, presidente, artista, escritor... Y sé que le darás lo mejor de ti. Aquello que tal vez nunca le diste a nadie, reservándolo para alguien que de verdad lo mereciera. Ahora debo aclararte lo siguiente:

Esta venida se cumplirá al pie de la letra. Lo dice el Evangelio. Jesús regresará muy pronto, cuando nadie lo espere.

*¿Cómo encontrará tu hogar? ¿Y tu alma?*

\*\*\*~::~~\*\*\*

*“El Señor da su mano a todos los que caen, y ayuda a levantarse a todos los postrados”.*

(Salmo 145)

## VEN SEÑOR JESÚS

Cierta vez fui a una emisora de radio, para hablar de Jesús. El programa duró una hora y recibimos muchas llamadas. Estábamos muy sorprendidos. Jesús sí que sabe hacer las cosas bien. A veces le gustan las sorpresas y lo mejor quedó para el final.

Cuando salimos de la cabina, vimos un taxi que se estacionó afuera. El conductor se bajó apresurado, abrió de golpe la puerta de la emisora y se paró frente a nosotros.

Yo no sabía lo que ocurría. De pronto, este hombre acostumbrado al trato duro de la calle rompió a llorar. Nos miraba acongojado y se disculpaba:

— No lo puedo evitar —decía entre sollozos—. Es la emoción.

Lo abracé con afecto y nos sentamos en una banca.

— No se preocupe —lo consolé —, yo también lloro cuando pasa Jesús. Él es así.

Entonces me contó que ese era el día de su cumpleaños, que le había pedido una gracia muy grande a Jesús, y que en este programa de radio se le concedió. Dejé de verlo como un desconocido y le sentí un hermano.

— Qué grande eres, Señor — exclamé con un gozo sobrenatural, al ver las maravillas que Él hace con los suyos.

Me encanta saber que Jesús es mi amigo y que puedo confiarle todo. Piénsalo:

“Nuestro Padre ha tenido a bien darnos el Reino”.

¿Te parece una noticia extraordinaria? Tal vez no. Y te comprendo. Los problemas son como una venda que llevas sobre los ojos y el entendimiento. No te permiten ver con claridad. Y esta gran noticia, pasa desapercibida.

\*\*\*~::~~\*\*\*

## LAS ALMAS DEL PURGATORIO

**S**on nuestras hermanas. Su alegría y consuelo es saber que de allí irán al Cielo. Los libros de espiritualidad nos hablan del purgatorio... Y muchos santos interactuaron con ellas cuando se les aparecían para pedir oraciones y misas que necesitaban para ser liberadas. Por eso debemos acordarnos e interceder, pidiendo su encuentro con Dios. Podemos hacerlo, está a nuestro alcance, y es tan sencillo... rezando, mortificando los sentidos, ofreciéndoles las misas, ganándoles indulgencias.

A muchos santos se les aparecían las almas del purgatorio rogándoles que intercedieran por ellas. A los días, cuando iban gozosas en su tránsito al Paraíso, pasaban para agradecerles esta ayuda maravillosa.

Recuerdo una noche que entré a un sitio católico en Internet. Allí conversamos sobre muchos temas y decidimos que cada uno contara alguna experiencia singular. Esta fue la que más llamó mi atención. “Mi mamá nos enseñó desde pequeños a rezar por las almas benditas del Purgatorio. Por

eso, cada vez que puedo lo hago. Así ocurrió durante la Primera Comunión de mi hija.

Al momento que el sacerdote elevaba la Hostia Consagrada, le pedí al Señor su gracia por aquella alma que estuviese más necesitada de su Misericordia. Al terminar la misa regresamos a casa. Entrando en la sala sentí una voz que al oído me susurró con alegría: “gracias”.

San Josemaría Escrivá de Balaguer escribió también sobre ellas: “Las ánimas benditas del purgatorio. Por caridad, por justicia, y por un egoísmo disculpable, ¡pueden tanto delante de Dios!, tenlas muy en cuenta en tus sacrificios y en tus oraciones. Ojalá cuando los nombres puedas decir: “Mis buenas amigas, las almas del purgatorio...”

Esperan con tanta ilusión que te acuerdes de ellas, que pidas mucho, para que Jesús las lleve al Paraíso.

*Esta noche rezaré con mucho fervor por las almas benditas del Purgatorio.*

## ESTAR CON JESÚS

**H**oy estuve con Jesús. Por la mañana temprano meditaba en las cosas que me ocurren y hasta me molesté con Él.

— ¿Cuándo me vas a quitar estos problemas? — le reclamé.

Y es que siempre que hay algo que no puedo solucionar, acudo a Jesús. Es mi amigo.

— Mira Jesús —le digo —yo no sé cómo arreglar esto.

Entonces me olvido del asunto sabiendo que ha quedado en muy buenas manos.

Llevo más de cuarenta años descubriendo un tesoro inagotable. Jesús siempre interviene y lo que me parecía imposible, de pronto no es más que un poco de arena que esparce el viento. Polvo que desaparece en el horizonte. Dios escucha la oración de los niños, porque son almas puras. Él merece que le ofrezcas un alma libre de pecados. Pensé en esto: “Iré a confesarme. Luego hablaré

con Dios”. Fui a la Iglesia y participé de la Hora Santa y de la Misa.

— Señor, ¿qué ocurre? — volví a preguntar —  
¿Por qué no me quitas este problema?

Me acordé en ese momento de la historia simpática que me contó un diácono:

Cierto hombre le pidió a Dios que le quitara su cruz. Como Dios no le hizo caso, se la devolvió.

— No la quiero —le dijo.

Y vivió feliz, sin problemas, sin sufrir.

A los años murió. Su alma se encontró camino al cielo con otras muchas almas que marchaban en fila hacia el Paraíso. De pronto se vieron frente a un precipicio insalvable.

— ¿Y cómo vamos a cruzar? — preguntó —. No hay forma de hacerlo.

Entonces el que iba delante de él tomó la cruz que llevaba al hombro y la colocó encima del precipicio. Así pudo cruzar. Le siguieron uno tras otro, cada cual colocando su cruz como un puente.

— Señor —exclamó el hombre —, ¡devuélveme mi cruz! Mira que no he podido cruzar.

— Hay un tiempo para todo —le respondió Dios —. El tuyo ya pasó.

Reconocí entonces la sabiduría de Dios, que todo lo hace para nuestro bien. Nos ama tanto, que sólo podemos esperar su amor.

Por eso, decidí aceptar esta pequeña cruz que Él ha querido poner sobre mis hombros, y que no es nada en comparación al premio que nos espera por ser hijos fieles.

Ya ves, puedes sufrir, y a la vez ganar el corazón tierno y dulce de Dios.

\*\*\*~::~\*\*\*

## ACOMPañAR A JESÚS

**H**oy pasé un rato maravilloso. He estado pensando en Jesús. Son las once de la noche. En casa todos duermen. Solamente he quedado yo, despierto. En realidad, no estoy solo. Estamos Jesús y yo. Somos buenos amigos y nos da por conversar. Cómo decirle: “Bueno Jesús que ya debo irme a dormir”. Me agrada su presencia y las horas se pasan casi sin sentir las. Al contrario, le digo: ¡Quédate conmigo Señor!

Él sonríe con ternura porque sabe lo que pensarás antes que lo hagas. Esto me encanta de Él. Es un amigo estupendo y disfruto mucho sus visitas, y le pido que me visite con frecuencia. Me gusta decirle como Pedro: *“A quién iré Señor, sólo tú tienes palabras de vida eterna”*.

¿En qué planeta vive éste? Me podrás decir. Y es que a veces parecemos bichos raros. Me encanta ser un bicho raro cuando es por Jesús. Pido y me da. Llamo y responde. ¡Qué bueno es Jesús!

No es fácil tomar opciones de vida por Jesús. Lo sé bien. Te decides arriesgándolo todo.

Pero también sé que ninguno que se haya atrevido se ha arrepentido luego de esta decisión.

Muchos han sufrido la incomprensión, otros han sido amados, otros pasaron desapercibidos. Pero todos llevaron a Jesús en su corazón. Dejaron que Jesús habitara en ellos irradiando su dulce presencia por doquier.

Un sacerdote me contó de un joven que estuvo todo el día, sentado en una banca de la Iglesia, acompañando a Jesús crucificado un viernes santo.

— Ve a descansar —le dijo el padre —y regresas luego.

El muchacho le miró sorprendido y respondió:

— Padre, él sufriendo, ¿y yo descansando?

Esta respuesta debiera salir también de nuestros labios, y de todos los laicos que estamos llamados a servirle en su Iglesia. ¿Él sufriendo, y yo descansando?

Entonces nos atreveríamos a salir por el mundo a llevar su Palabra, dando esperanza. Con un amor contagioso y verdadero.

Como me dijo un amigo:

*“En mi corazón hay un sello.  
Y ese sello dice: “JESÚS”.*

\*\*\*~~~\*\*\*

## SER AGRADECIDOS

*“Déjame consolarte, Señor”.*

**M**e encanta escribir, sobre todo de mis vivencias con Jesús. Esta mañana retocaba un libro que debía ser una respuesta a tus inquietudes. Estaba por terminar, cuando una prima de mi esposa me envió un video que me encantó.

Era sobre el sentido de la vida y lo poco que admiramos la creación. Mostraba cuánto perdemos al no ver a nuestro alrededor y darnos cuenta de que todo es un regalo que se nos da.

Me recordó cuando iba con Vida, mi esposa y nuestros mis hijos pequeños al interior del país.

**En ocasiones, nos deteníamos de noche, en medio de la nada, en aquella carretera oscura y silenciosa para admirar el cielo y las estrellas. ¡Qué espectáculo!**

Cuántas veces olvidamos lo increíble y hermoso que es el firmamento...

**Vivimos embebidos, absortos y olvidamos que la vida es un presente, un don que se nos da.**

**Haz una prueba, esta noche apaga el televisor, tu computador, el celular... deja todo un momento, sal afuera y contempla el firmamento.**

¿No es maravilloso lo que te rodea? ¿Alguna vez te has fijado en lo hermoso que es?

Por la mañana, antes de ir al trabajo, mira con curiosidad a tu alrededor. Observa los colores de una flor, el movimiento de la hierba, la sombra de los árboles...

Estas maravillas hacen que brote en nosotros una palabra olvidada en el tiempo:

### **“GRATITUD”.**

Muy poco la he usado en mis libros. Casi no he pensado en ella. Está por encima de nuestros intereses, y tus dificultades. **La gratitud nos engrandece, nos muestra que hay otras cosas importantes** en este mundo.

Quiero cultivar esa palabra, ser agradecido con Dios.

Cada mañana, cuando despierto, pienso en ello. Seguro el buen Dios espera de nosotros un poco de gratitud, como el leproso que regresó para agradecer a Jesús que lo haya sanado.

Quiero ser como ese hombre, y dar gracias a Dios por todo lo que me ha dado.

Me encanta leer los libros sobre las vidas **de los santos**.

**Siempre aprendo algo nuevo de ellos:** su fe, su confianza, la vida de oración que han llevado, cómo lograron caminar en la presencia de Dios, ...

Me sobrecogen sus últimas palabras, aquellas que nos obsequiaron antes de partir al Paraíso.

Santa Clara es una de las que más me ha impresionado. Animaba a las hermanas en sus últimos momentos. *“Hijitas mías, alabad a Dios”*, les decía.

Con una profunda paz, brotó de sus labios esta oración, que debemos hacer nuestra:

***“Gracias Señor, por haberme creado”.***

\*\*\*~::~~\*\*\*

## UN AMIGO EN COMÚN

Las experiencias de todos los que se han animado y siguen a Jesús, son similares. No importa el país, ni el tiempo. Jesús es el mismo siempre. Y a todos nos conforta con su amabilidad y su Divino Corazón. Esta característica es sorprendente. Jesús nos ama porque sí. Porque es el Gran Amor. ¿Quién puede dar motivos para el amor? Se ama, así de sencillo. Pero Jesús, además:

Nos instruye.

Nos pasa por el fuego purificador.

Nos hace humildes.

Nos da ternura.

Nos mueve a la caridad.

Nos llena de ilusión y gozo.

Nos sensibiliza ante el pecado  
y las injusticias.

Nos enseña a perdonar con generosidad.

Nos da la esperanza de una vida eterna.

Nos ayuda frecuentemente,  
a menudo sin que nos demos cuenta.

Lava nuestras culpas.

Y nos llama a la santidad.

Todos soñamos desde niños con tener nuestro mejor amigo, alguien en quien confiar, que celebre nuestros triunfos y nos apoye en las derrotas. Alguien incondicional, siempre dispuesto. Para mí, ese es Jesús.

Me ha enseñado a conocerlo y quererlo. Me pide confiar, y trato de confiar. Pero lo hago tan mal. Entonces llegan las pruebas y cuando le digo: “*Señor, ya no puedo más*”, como respuesta me dice: “*Confía*”.

\*\*\*~::~\*\*\*

## ENAMORADOS DE JESÚS

Tengo algunos amigos que son unos “locos” enamorados de Jesús. Nos escribimos y compartimos nuestras experiencias. Esta es la carta de Horacio, mi amigo argentino.

Querido Claudio: Me pides que te cuente acerca de un amigo en común, sobre cómo percibo su amistad conmigo. Menuda tarea me pides ya que expresar tan profundo sentimiento no siempre es posible ante tan grande amigo. Quizás podría empezar diciéndote que es fiel. Mucho más fiel que yo con Él. Más de una vez me aparté de su camino y siempre ha estado allí esperándome a mi regreso. Sin una recriminación, reto o destemplanza y siempre con sus brazos abiertos para recibirme nuevamente como si nada hubiese pasado.

Podría también decirte que es un amigo exigente y celoso de su amistad. Quiere que nunca me aparte de Él, que aprenda a caminar sobre sus propias huellas. Suena a egoísta de su parte, como queriendo imponer su parecer sobre mi propia libertad. ¡Y cuán equivocado estaría de pensar de

esa manera! Él sabe que sus pasos son seguros y su camino lleva hacia la patria de la que somos peregrinos. En este sentido, también quiere, más bien sugiere que sea instrumento suyo, para darle forma al mundo que proyectó desde siempre y que el hombre corrompió con su inclinación al mal.

Sabe que podemos cambiar la guerra por paz, la indiferencia por atención, la pobreza en abundancia, siempre que lo hagamos en su nombre. ¡Pero cuán egoístas somos los hombres y no seguimos sus consejos!

Podría hablar muchas horas, días y años sobre este amigo fiel, cariñoso, severo e indulgente, capaz de llorar de tristeza por mis rebeldías y de alegría por “mis” triunfos. Y te pongo “mis”, entre comillas, porque en realidad no son míos sino suyos. ¿Preguntas por qué? Cada triunfo mío es posible sólo porque Él está a mi lado dirigiendo mi vida para que no me equivoque y cada fracaso es mío porque soy yo quién se separa del camino correcto.

Desde que lo conocí, mejor dicho, que lo vi, intento permanecer a su lado, lo que no es fácil ni

sencillo porque existe un sentimiento de incomprensión a esa radicalidad fruto de las posturas acomodaticias que la sociedad tiene en su conjunto y de las cuales tampoco soy ajeno.

Si tienes esposa e hijos que aún no le han descubierto en esta faz de amigo y le sienten como alguien lejano y superior, tendrás incomprensión a tus posturas, acciones y compromisos. Tus amigos, si les pasa lo mismo, tampoco comprenderán que prefieras pasar una hora con Él en momentos que quisieran que estés con ellos, ya que trastocas sus planes. Tus conocidos, compañeros de trabajo, ocasionales acompañantes, se preguntarán:

¿Qué bicho le ha picado a éste que no actúa como nosotros ante el mismo estímulo?

Pero si tú te mantienes fiel a Él, soportarás esas incomprensiones y demostrarás con tu vida que hay un amigo especial que te cambia, te renueva y justifica renacer en el espíritu. Que hay un amigo especial que, absorbiéndote, te devuelve a los tuyos para que seas sus pies, sus manos y su boca, capaz de cambiar el error en certeza, la desilusión en esperanza, la opresión en libertad. Ese amigo, se llama: “Jesús”.

## LOS CONSUELOS DE JESÚS

Jesús suele ser muy especial. Y a mí me encantan las ocurrencias que tiene con uno. He descubierto que es muy tierno, pero también es celoso de sus almas. Nos quiere para él.

Esta mañana conducía mi automóvil y me detuve en una frutería para realizar unas compras. Iba un poco distraído, pensando en los problemas cotidianos. Apenas bajé del auto sentí en lo profundo del corazón una voz que con ternura me reprochaba:

— ¿Te acuerdas de mí?

Me sonreí feliz.

— ¡Eres Tú! —le dije sorprendido —Pero, ¿dónde estás?

Me volví buscándolo y detrás de mí encontré una iglesia. Allí estaba Jesús Sacramentado.

— Lo sé —me dije— ya poco te visito.

Crucé la calle y lo saludé.

¿Te ha ocurrido alguna vez? Sales y sientes que algo te detiene. Es Jesús. Te pide que no lo dejes solo. ¿Por qué no le dedicas unos minutos?

Te preocupas demasiado por las cosas del mundo, deja tus apuros, te lo aseguro, nada más importante encontrarás. Aunque todos se marchen al terminar la Misa, tú quédate unos minutos. Hazle compañía. Dile que lo amas. Él sabrá corresponderte. Ya lo verás. Será una experiencia que desearás repetir.

Un conocido me contó una anécdota similar. Ahora saluda a Jesús al menos una vez al día. Y si está apurado se asoma desde la puerta de la Iglesia y le regala ilusionado un: “Hola Jesús”. Luego sigue hacia su trabajo. Los consuelos de Jesús nunca se hacen esperar. ¿Quieres un amigo de verdad? Busca a Jesús. Él es generoso y bueno. Pasa pensando en ti. Viendo cómo te ayuda, cómo te muestra su amor incondicional. ¿Qué más puedes pedir? ¿Necesitas contarle tus problemas a un amigo que te comprenda? Busca a Jesús. Pasa solo más tiempo del que debiera. Y lo más increíble es que a pesar de nuestros desplantes, siempre espera con ilusión tu visita. Él no se cansa de esperar, ni se desanima. Yo, la verdad, he descubierto en Él al amigo verdadero. Nunca me ha defraudado. Cuando empiezas a conocerlo, no cesas en tu anhelo de pasar más tiempo en su

compañía. Me ha enseñado lo que es la confianza. La alegría de recibirlo en la Eucaristía y llevarlo en el corazón. He descubierto la gran diferencia que hay entre pasar un día con Jesús y transcurrir el día tratando de solucionar mis problemas creyendo que con mis fuerzas lo podré lograr. Prefiero estar con Jesús. Te lo digo de corazón. Soy católico, ¿a qué otra cosa podría aspirar? ¡Oh, sí! ¡Yo quiero pasarlo con Jesús! Vivir en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia, fortalecer mi alma con los sacramentos, apoyarme en Jesús.

Una amiga me dijo esta mañana:

— El Evangelio es tan maravilloso que debiéramos usar un megáfono para que todos lo escuchan.

— ¡Es verdad! —Le dije entusiasmado — ¡Hablemos de Jesús!

Como no tengo un megáfono, te escribo. Tú ayúdame y lleva a Jesús al corazón de los demás. Que el mundo le conozca.

No te desanimes ni te canses de intentarlo. Siembra con alegría su Palabra, vive el Evangelio, da ejemplo con tu vida; y Jesús se encargará de lo demás.

Gracias Jesús, por llamarme amigo y ser mi gran amigo. Mi amigo bueno. Gracias por tu Amor infinito. Por comprenderme. Y por darme la esperanza de la vida eterna.

Busca la santidad, vive en la cercanía de Dios, para que el Señor te favorezca con su Misericordia. Déjate amar, deja que te envuelva en su Amor. Jesús te llama y te busca. Él quiere que seas feliz, que seas un hombre o una mujer nuevos.

Aprende a vivir con Cristo en tu Corazón. San Pablo lo supo, por eso les escribió a los romanos: *“Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Por tanto, ya sea que estemos vivos o que hayamos muerto, somos del Señor”*. (Rm. 14,7-9).

Dios nos conoce y nos ama. Somos importantes para Él. Y no deja nunca de buscarnos, a pesar de nuestra indiferencia.

## **CAPÍTULO 3**

### **VITAMINAS PARA TU ALMA**

*“El Señor perdona tus pecados y cura  
tus enfermedades; él rescata tu vida del  
sepulcro y te colma de amor y de  
ternura”.*

(Salmo 102)

## LAS VITAMINAS ESPIRITUALES

Una lectora me escribió hace poco preguntando: “¿Cuáles son las vitaminas para fortalecer el alma?”. Lo he pensado un rato. Estas son las vitaminas que suelo tomar y que me han ayudado a recorrer el Camino. Hay muchas más. Las irás descubriendo a lo largo de tu vida.

### 1) LAS BUENAS OBRAS

**Estamos hechos para amar. Es algo que el tiempo nos hace olvidar**, pero lo recordamos al ver el ejemplo de personas como la Madre Teresa de Calcuta, Sor María Romero y muchos santos anónimos a nuestro alrededor.

Haz buenas obras. **Dios te ha dado mucho y es tiempo que compartas** con los demás esas gracias, tus dones. Mi nieta me lo recuerda siempre diciéndome que debo hacer “buenas acciones”.

Me pasa que veo a un pobre y recuerdo estas palabras de san Alberto Hurtado: **“El pobre es Cristo”**, y corro a encontrarme con Jesús en él.

A veces hacemos estas buenas obras, sin pensarlo, sin esperar nada a cambio, pero trascienden, **van más allá de lo que podríamos pensar.**

El domingo caminaba con mi hijo de 10 años por un mercado muy concurrido, vimos un pobre pidiendo limosna. Le di una sonrisa y una limosna. Mi hijo me dijo: *“Papá, dame una moneda”*. Pensé que se compraría algo y, en lugar de ello, la depositó en las manos de este hombre.

**Tu ejemplo vale más de lo que piensas.**

## **2) LA ORACIÓN**

Unos la llaman **“la respiración del alma”**. Yo solía pensar que la oración era el lenguaje de Dios, la forma como nos comunicábamos con Él. Ahora pienso que es mucho más... Es **permanecer en Su presencia amorosa.**

Cuando rezamos estamos ante Su presencia. Él nos ve y sonrío complacido. En lo personal, además del Padre Nuestro, me gusta mucho la oración del nombre de Jesús. Es una oración continua en el corazón: **“Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí que soy Pecador”**.

Es una bella oración, muy corta, que puedes repetir como una **jaculatoria**. Yo suelo hacerlo y **me trae mucha paz**. Me ayuda a mantener Su presencia, a sentir que caminamos juntos, que no estoy solo.

### 3) LOS SACRAMENTOS

Los sacramentos de nuestra Iglesia **son un tesoro, sobre todo la Eucaristía**. Cuando veo una Misa donde van pocas personas suelo decirme: “**Si las personas supieran...**”. Hoy, de pronto pensé que **durante la Eucaristía nos dan las llaves del cielo**. Unas llaves doradas y hermosas. Podemos guardarlas y olvidarlas en el bolsillo, arrojarlas, o mantenerlas brillantes. Depende de nosotros.

**Recibimos tantas gracias durante la Eucaristía...** Si tuviéramos conciencia de ello lo veríamos todo maravillados, sorprendidos por el inmenso Amor de Dios.

### 4) LEER LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

Hay tantos libros, bellísimos, como “**HISTORIA DE UN ALMA**” de santa Teresita del Niño Jesús. Aprendes mucho.

Descubres que los santos fueron personas corrientes, a las que el buen Jesús un día animó y decidieron vivir para Él.

**Lee sobre todo las vidas de los santos.**

También te recomiendo:

*El Combate Espiritual*, Lorenzo Scupoli

*Imitación de Cristo*, Tomás de Kempis

*Floreccillas*, San Francisco de Asís

*El Diario* de Santa Faustina

Hay muchos títulos más que puedes encontrar en tu librería católica favorita o en Internet. Sé de tantas personas que han cambiado sus vidas después de leer un libro espiritual. Son un gran alimento para el alma. No tienes idea cuánto me ayudan en mi búsqueda de Dios.

## **5) CONFIAR EN DIOS**

Sé que Dios tiene un plan estupendo para ti y para mí. No lo entiendo, **muchas veces no lo comprendo, así que he decidido sencillamente “confiar”**. Al final será lo mejor para mí. He notado que **cuando confío, el buen Jesús se complace y**

**ocurren cosas extraordinarias.** Es como si me dijera: “Muy bien, Claudio”.

## **6) VISITA A JESÚS EN EL SAGRARIO**

Solía trabajar en una empresa a la que llegaban muchas personas a contarme sus inquietudes. **Las escuchaba atento y luego tomaba un papelito y escribía: “*Ve al Sagrario. Visita a Jesús*”.**

**No conozco ninguna que no haya sido tocada por Dios. A los días regresaban sorprendidos a contarme cómo el buen Jesús había cambiado sus vidas.**

Supe de uno que decidió hacerle una visita diaria a Jesús en el Sagrario. Iba por las mañanas, camino del trabajo y cuando encontraba las puertas de la Iglesia cerradas se arrodillaba afuera y le decía emocionado: “Aquí estoy Jesús”.

## **7) REZA EL ROSARIO**

Esta bella oración **ha traído mucha paz y consuelo** a las personas a las que les recomiendo rezarlo.

Recuerdo una joven que atravesaba una situación muy difícil. “Reza el Rosario”, le sugerí. Al día siguiente me contó cómo, por primera vez en mucho tiempo, había encontrado una paz sobrenatural y la certeza que todo se solucionaría.

Como ejercicio reza **esta noche** el santo Rosario.

## 8) PERDONA DE CORAZÓN

A menudo no podemos perdonar. No sabemos cómo. Me ocurrió hace algunos años. En un trabajo cometieron una injusticia contra mí. Recuerdo que conducía el auto hacia mi casa y **le decía a Jesús: “Quiero perdonar, pero no sé cómo. Si no me enseñas, jamás podré hacerlo”**. En ese momento me pareció ver a Jesús clavado en la cruz, con el rostro golpeado, ensangrentado y el cuerpo desfigurado, sufriendo terribles dolores. En ese momento alzó la mirada al cielo y dijo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

“¡Dios santo!”, exclamé, “¡Esa es la respuesta!” **Perdonas a los demás porque no saben lo que hacen. Desde ese momento se me hizo muy sencillo perdonar, olvidar y amar a esas personas que me hicieron daño.**

## ¿A QUIÉN IRÉ?

**S**é que la vida es apenas un suspiro. Haz que sea de provecho. **Gástala en algo que valga la pena. Algo grande... “DIOS”.** Y tu vida será una gran aventura.

La vida es irrepetible y hermosa. Un sacerdote me dijo una vez: “Lo más valioso que posees es tu vida, el tiempo que Dios te ha dado”. Realmente es lo único que poseemos, el tiempo para vivir y hacer las buenas obras que Dios espera de nosotros. Cuando Dios nos llame ya no podremos decir: “Regálame unas horas más, mira que aún no he podido confesarme, ni arrepentirme, ni decirles a mis seres queridos cuánto los amo”. El momento llegará “como un ladrón, en medio de la noche”. Y si no estás preparado, pasarás a la Eternidad purgando tus pecados o lo que es peor, corres el riesgo grave de condenarte.

¿No te ha ocurrido que de repente piensas: hoy sería un buen día para escuchar misa y confesarme? No desdeñes este dulce pensamiento que Dios siembra en tu alma. Podría ser éste tu último día y sin que lo sepas se te da una última oportunidad para que te salves.

Hace poco me ocurrió algo que me hizo reflexionar en estas cosas. Veníamos subiendo la pendiente peligrosa de una montaña cuando nos atrapó la neblina. En cuestión de segundos la visibilidad se redujo a menos de medio metro. No podía regresar, ni detenerme. Sólo quedaba avanzar.

¿Qué hacer en una situación como ésta? Precipicios al costado del camino; del otro lado, camiones enormes que bajan a toda velocidad. Conduces tu auto lentamente, pero apenas puedes ver pequeños fragmentos de la carretera. Agudicé los sentidos y rezamos.

Al rato se fue aclarando el camino y regresó la visibilidad. Mi esposa exclamó: *“Qué hermosa es la luz”*. Y luego completó la frase: *“Por algo Jesús dijo que Él era la luz del mundo”*.

Sin Jesús andamos ciegos, no podemos ver el camino, vamos errantes por la vida. Nos falta lo más importante.

Él es nuestro guía. Lo he comprobado. Por eso me encanta andar con Jesús. Por eso escribo sobre Él. Su Amor me ha seducido, le ha dado valor a mi vida.

Ya ves, amigo, la vida con Jesús es una vida plena. Créeme, al salir de aquella terrible neblina y ver el camino nuevamente me puse tan feliz. Una nueva oportunidad para vivir. Sentir que Jesús nos cuida. Y guía nuestros pasos.

*“Señor, a quién iré. Sólo tú tienes Palabras de Vida Eterna”.*

Haz la prueba. Jesús nunca te defraudará.

\*\*\*~::~~\*\*\*

## LOS PEQUEÑOS DETALLES

Cuando escribo, me gusta colocar frente a mí una estampita de Jesús en la que se ve su rostro. Tiene una mirada especial, como si penetrara en lo más profundo de tu alma y leyera tu corazón.

Es una mirada tierna. Da la impresión de estar hablándote. Te sonrío con cariño. Pareciera que constantemente pregunta:

— ¿Me amas?

Me inquietan sus preguntas.

— ¿Cómo no amarte Jesús?

Mi respuesta no llena su deseo de sentirse amado por la humanidad. Y pregunta de nuevo:

— ¿Me amas?

Entonces reconozco con dolor en el alma:

— Que poco te amamos. Es verdad.

Aprende a reconocer la dulce presencia de Dios en los pequeños detalles de la vida cotidiana.

Le contaba a un amigo las experiencias que paso con el buen Dios. Las gracias cotidianas. Y él me decía: “Yo también recibo esas gracias. Lo que ocurre es que he sido un ciego y no las he visto”.

Con el tiempo comprendes que sólo Dios puede darle sentido a tu existencia. Muchos lo descubrieron, por eso empezaron a valorar más la vida espiritual, y retomaron el sendero perdido en la juventud; la oración, su confianza en Dios. Me pasó igual.

¿Cómo expresar todo esto que descubríamos? Viviéndolo. Siendo un signo de contradicción. Cambiando radicalmente, sin importar los miramientos humanos, lo que otros podrían pensar.

\*\*\*~::~~\*\*\*



## CAPÍTULO 4

### EL SUFRIMIENTO

*“No todos podemos hacer penitencia, sacrificios, maceraciones, pero sí, todos podemos amar. Es el amor de Dios que se prolonga en nuestros prójimos”.*

(Sor María Romero Meneses)

*No temo Señor,  
porque Tú estás  
conmigo.*

## EL SUFRIR

**S**i el sufrir fuera malo, Cristo no hubiera sufrido ni hubiera hecho sufrir a su Madre. Esto no obsta para que nosotros procuremos mitigar el dolor con los medios que Dios pone a nuestro alcance. Sin embargo, también hay que valorar la mortificación voluntaria y la penitencia. Ha sido una práctica frecuente en toda la Historia de la Iglesia. Muchos santos la han practicado eminentemente.

La mortificación debe tener una cierta continuidad. No se trata de hacer un gran sacrificio un día, para luego descansar una temporada. Hay muchos modos de hacer pequeñas mortificaciones.

He aquí algunos ejemplos: mortificar la curiosidad; no discutir, aunque tengamos la razón, cuando se trata de tonterías intrascendentes; no enfadarme, aunque tenga motivos para ello, si mi enfado no es necesario; levantarme de la cama puntualmente, sin conceder minutos a la pereza; acabar bien lo que hago, sin dejarlo a medias por dejadez; dedicar mi tiempo a los demás, aunque esté

cansado (a no ser que tenga algo más importante que hacer); no gastar dinero en caprichos; sonreír y saludar amablemente, aunque no tengamos ganas de hacerlo; no hacer ruidos innecesarios que molestan a los demás; ser puntual para no hacer esperar; escoger para mí lo peor, si esto es posible; etc., etc.

Podemos afirmar que todo el mundo se mortifica. Lo que cambia son los motivos. Hay gente que es capaz de sacrificarse mucho por razones nobles, pero humanas: dietas de adelgazamiento, cirugía estética, entrenamientos deportivos, etc. Todas estas cosas hacen sufrir, pero se conllevan de buena gana para conseguir un fin. ¿Nos vamos a extrañar que merezca la pena sufrir por amor a Cristo? ¿Para parecernos a Él? ¿Para colaborar a la salvación del mundo?

Sufrir por sufrir, ni es humano ni es cristiano. Pero el cristianismo ha descubierto el valor de sufrir por amor a Dios. No existe cristianismo sin renuncia, sin mortificación, sin imitación a Cristo “que padeció por nosotros dándonos ejemplo”.

Dice el Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica: “El progreso espiritual implica la ascesis y la

mortificación, que conducen gradualmente a vivir en la paz y en el gozo de las bienaventuranzas”. Algunos dicen: “Bastantes sufrimientos tiene la vida, ¿para qué buscar más?” Por tres razones:

a) Porque sufriendo por Dios le mostramos nuestro amor, como Él nos lo mostró muriendo por nosotros en la cruz.

b) Porque sufriendo por Dios aumentamos nuestros merecimientos para el cielo.

c) Porque sufriendo y uniéndonos a la Pasión de Cristo, colaboramos a la Redención de la Humanidad. Dios quiere que colaboremos a la Redención de la Humanidad. Es doctrina de San Pablo.

(Padre Jorge Loring)

\*\*\*~::~~\*\*\*

Esa tentación que te quiere tumbar, no se lo permitas. No le des gusto al demonio que quiere que ofendas a Dios y te alejes de Él.

Defiéndete. Mortifica tus sentidos. Acude a los sacramentos, la oración frecuente. Vive en la dulce presencia de Dios, nuestro Padre y ofrece tus dudas, inquietudes y sufrimientos por la salvación de las almas.

## TU CRUZ

**A**braza tu cruz. Nadie puede decir que desconoce el sufrimiento. Es propio de nuestra condición de humanos.

Decía Santa Teresa que la mejor forma de sopor-  
tar el peso de nuestra cruz en abrazándola.

*“Como bueno y fiel seguidor de Cristo, ponte  
pues a llevar con valor la cruz de tu Señor, de ese  
Señor clavado en la cruz por tu amor”.*

Recuerdo un día que acompañé a un amigo Mi-  
nistro de la Comunión al Hospital para enfermos  
de cáncer. Nos sentíamos heraldos de un Rey,  
mensajeros de una noticia extraordinaria: “Jesús  
ha venido a visitarte”. Entrábamos a los cuartos  
cantando esta bellísima melodía eucarística:  
“Cantemos al Amor de los amores, cantemos al  
Señor. Dios está aquí...”

Me impactó profundamente la visita que hicimos  
a una habitación. Una jovencita llegada la noche  
anterior, con un tumor en el rostro. Era una joven  
hermosa, de unos 16 años, llena de vida.

Cuando entramos cantando se incorporó en la cama, y nos miraba con una ilusión impresionante.

De su rostro desbordaba la felicidad. Sus ojos brillaban, su sonrisa iluminaba la habitación. Cuánta ternura en ella. Jesús Sacramentado la visitaba en su lecho de enferma. ¡Qué regalo!

Jesús estaba por encima de toda enfermedad, de todo dolor... Verdaderamente Jesús se hizo sentir en aquél cuarto del hospital. Yo apenas creía lo que pasaba.

¿Cómo es posible, me decía impresionado, parece olvidar su dolor, sus miedos y sólo le importa Jesús que ha llegado a visitarla?

Entonces le pregunté:

— ¿Puedes comulgar?

— Quiero y puedo — respondió con serenidad.

Salí conmovido.

— Jesús— le dije impresionado— eres maravilloso. No hay nadie como Tú. Gracias por amarnos como nos amas. Gracias Jesús.

Él tiene motivos que nosotros desconocemos. Sus caminos no son los nuestros. Me han ocurrido cientos de vivencias con el Buen Dios de las que, en un principio me he quejado. Pero luego terminé maravillado.

Una vez me pidieron llevar un visitante extranjero, a la salida del trabajo, al hotel donde se hospedaba. Era una hora en la que el tráfico se hace insoportable y sólo deseaba llegar a mi casa. Ahora tendría que ir al otro extremo de la ciudad y demorar al menos una hora y media. Muy dentro de mí, me quejé:

— ¿Por qué no se lo pidieron a otro?

Esperé casi media hora a que este visitante terminara la reunión que tenía en la oficina, mientras el tráfico se hacía cada vez más pesado.

Cuando salió de la oficina, me agradeció que lo llevara y nos montamos al auto. Entonces ocurrió algo sorprendente. Vio la estampita de Jesús que tengo en mi carro y me contó cómo abandonó su fe. ¡En ese instante comprendí!

— ¡Eres increíble Señor! — pensé.

Supe lo que debía hacer. Y le hablé de la Misericordia y el Amor inmenso del Padre. La importancia de la fe, los Sacramentos, la Iglesia.

Le conté anécdotas simpáticas sobre personas como él que habían retornado a la fe y terminamos siendo amigos.

Dios no sólo se ocupó de poner en mi camino esta persona que necesitaba consuelo, sino que me dio suficiente tiempo para hablar con él y contarle lo maravilloso que es vivir en la presencia de Dios.

Desde entonces procuro aceptar en todo, los designios de Dios. Sé que Él tiene sus motivos, y que siempre será lo mejor para mí.

\*\*\*~::~~\*\*\*

## ENAMÓRATE DE JESÚS

**S**é de Jesús. Vive para Jesús. Él será tu consuelo en los momentos de adversidad. Tu dulce esperanza. No busques en las cosas terrenales consuelo y Paz. Sólo Jesús llenará tus expectativas.

Me contaba un amigo que trabaja en un apostolado hermoso: “Cuando me encuentro con un médico, un arquitecto, un ingeniero, un obrero, un ama de casa, y personas con tantos conocimientos... ¿Qué puedo decirles? Sólo les sugiero que tengan la vivencia de Jesús. Esto basta. Cuando conocen a Jesús, ya no quieren cambiarlo por nada”.

Hace poco conocí un físico nuclear. Era un hombre brillante, inteligentísimo. Llegó al Seminario Mayor San José, donde los jóvenes se preparan para ser sacerdotes.

Me encontraba de visita cuando esto ocurrió. Un amigo seminarista me lo presentó.

— Viajo por el mundo predicando, con mi esposa — me explicó —. Lo abandoné todo por este llamado de Jesús.

— Y, ¿dónde duermes, ¿qué comes?

— Me acogen las parroquias. Paso unos días y luego voy a otra. Me ofrecen la oportunidad de predicar, contar mi experiencia. Tengo amigos en muchos países y soy feliz.

He tenido la alegría de conocer personas que de un día a otro abandonan sus comodidades, sus trabajos, su vida, por seguir a Jesús. Pasa el Maestro y les dice: “Sígueme”. Dejan todo por Él, y lo siguen. Es sorprendente.

Esta noche me olvidaré un poco de mí, de mis dolores, los sufrimientos, y rezaré por aquellos valientes que se han decidido por Jesús y lo siguen, a pesar de las incomodidades, los peligros, la enfermedad...

Señor, envuélvelos  
en tu Amor,  
que no les falten  
tu Gracia  
y tu Misericordia.

## RESTAURA TU AMISTAD CON DIOS

**B**usca un sacerdote. Confiésate. Y recibe a Jesús Sacramentado. Entonces Él habitará en ti. Entre los escritos espirituales de la Beata, Sor María Romero, encontré este tesoro de espiritualidad: “Mirad si en vuestra conciencia hay algo que no os deje adelantar en el amor de Dios. Si lo hubiese, procurad poner enseguida remedio con el consejo de vuestro confesor. Levantaos del estado de tibieza, empezad desde este momento una vida nueva de fervor y caridad. Renovad el propósito de no disgustar a Dios, ni a vuestro Ángel custodio diciendo: *Señor, antes morir que volver a ofenderos*”.

A veces no podemos dejar de sufrir por un pecado que nos negamos a confesar. Pende sobre nosotros como una espada de Damocles. Pasan los años y nosotros con esta vergüenza que nos impide dormir.

Desperdicias tiempo valioso de tu vida, ocultando este pecado. Mira a Jesús crucificado. Observa su dolor, los clavos, sus heridas, y dile: “*Señor, por Ti lo haré. Hoy mismo iré a confesarme. Y en adelante procuraré no ofenderte más*”.

Estoy feliz con Jesús. Me encanta visitarlo y conversar con Él. Es un amigo de verdad. Me ha enseñado lo que es la ternura y la amistad. Si algún día alguien me llama:

— Claudio ¿qué haces?

Me gustaría poder contestar como Elías:

—Ardo de amor por Yahvé.

En mi caso diría:

—Ardo de amor por Jesús.

## DALE SENTIDO AL DOLOR

Une tus dolores a la cruz de Cristo. Ofrece tus sufrimientos. Hay tanta necesidad de oraciones y sacrificios. La Virgen constantemente pide “Oración. Ayuno. Penitencia”. Que tu enfermedad, tu dolor, tus sufrimientos sean una oración agradable a nuestro Señor. Entonces tu enfermedad. Tu dolor. Tus sufrimientos. Tus angustias. Todo lo que te incomoda serán como el incienso que se quema y desprenderá aquella esencia grata que subirá al cielo, donde Dios la recibirá.

Mi papá murió de un cáncer muy doloroso. Era hebreo y se convirtió al catolicismo algunos años antes de morir. Desde aquél día, solía comulgar a diario. Nos cuentan que cuando el sacerdote llegaba a la casa con Jesús Sacramentado, se incorporaba de su cama y con un gozo en el alma, mirando al sacerdote, exclamaba:

***“¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”***

Mi papá supo el valor inmenso que tiene ante Dios el sufrimiento cuando es aceptado y ofrecido.

Tengo en mis manos uno de sus libros preferidos: “Imitación de Cristo”, con las páginas marcadas en aquello que más llamó su atención.

***“¡Ojalá que merecieras sufrir un poco por Cristo! ¡Cuánta gloria ganarías!”***

*Si para la salvación de los hombres hubiera alguna cosa mejor y más útil que padecer, Cristo nos la hubiera enseñado con su palabra y su ejemplo. Pero, al contrario, a todos los discípulos que le seguían, y a todos aquellos que quieran seguirlo, los exhorta con toda franqueza a llevar la cruz, diciéndoles:*

*“El que quiera seguirme, renuncie a sí mismo, tome su cruz, y échese a caminar tras de mí”.*

\*\*\*~::~~\*\*\*

## CARTA A DIOS

Querido Dios:

**H**oy salí temprano a caminar. A cada paso pensaba: “A veces andamos al borde del precipicio por ti, Señor y a menudo no sabemos qué hacer. Sólo caminamos y caminamos, pensando en tu Amor, tu presencia. ¿Qué quieres de nosotros?”

De pronto nos sumerges en un mundo en el que no deseamos estar. Es un lugar oscuro, lleno de dificultades. **Parece que no hay amor, ni esperanza a nuestro alrededor. Son situaciones a las que no hayamos salidas. Cada vez que te lo digo, siento que me respondes: “Sigue caminando”.**

No imaginas la cantidad de personas que me cuentan sus problemas. Acuden a mí tal vez por haber leído uno de mis libros. Viven rodeados de oscuridad. Suelo impresionarme. Y me pregunto: **“¿Por qué lo permites? ¿Por qué ese sufrimiento?”**. Hace muchos años decidí dejar de cuestionarte y dedicarme a confiar. ¿Cómo podríamos comprenderte nosotros que somos simples mortales? Pero la verdad es que **no siempre he podido quedarme tranquilo y confiar.**

Hoy es uno de esos días en que me llené de inquietudes. Curiosamente mientras caminaba me pareció encontrar las respuestas. Todas estas personas, por estar **sumergidas en sus problemas olvidaron algo fundamental, lo que realmente son: “Hijos tuyos. Portadores de tu Amor. Mensajeros de la Esperanza”**. Es un sello que nunca perdernos.

Somos pequeñas luces que colocas en estos terribles lugares, para iluminarlos. No nos damos cuenta, acongojados por las dificultades. Deseas que te llevemos a los demás, que seamos tus brazos, tus pies, tu voz.

**Si tuviésemos conciencia de lo que esperas de nosotros, todo sería más sencillo. Podríamos perdonar y amar.** Abrazar al necesitado.

**Tal vez necesitamos la certeza de un propósito** para acoger la esperanza y esparcirla por el mundo. No sé para qué te cuento estas cosas.

De pronto **hallé en mi Biblia la respuesta** y terminé de comprender: “Ustedes son la luz del mundo: ¿cómo se puede esconder una ciudad asentada sobre un monte? Nadie enciende una lámpara para tapanla con un cajón; la ponen más bien sobre un

candelero, y alumbra a todos los que están en la casa. Hagan, pues, que brille su luz ante los hombres; que vean estas buenas obras, y por ello den gloria al Padre de ustedes que está en los Cielos”. (Mt 5. 13-16)

Siempre recuerdo aquella joven que una mañana se presentó a mi oficina para entregarme su renuncia. “¿Alguien te ha tratado mal?”, le pregunté sorprendido. “Al contrario”, respondió, “todos han sido muy buenos conmigo”. “Entonces, ¿por qué te marchas?”, le pregunté sin entender.

Sonrió con entusiasmo y dijo: “Es que voy tras un ideal. Quiero gastar mi vida en algo grande, que realmente valga la pena”.

Años después la encontré a la salida de Misa y le pregunté: “¿Valió la pena?” Estaba radiante y respondió emocionada: “Lo haría mil veces más si volviese a nacer. **Siempre vale la pena vivir para Dios**”.

La respuesta ahora es evidente. **Debemos ser la luz que ilumine a los demás. Mostrarles el camino para llevarlos a ti. Pero, somos una vela débil, tenue, ¿cómo lograr que vuelva a brillar?**

*“Es muy fácil: recupera la gracia, ten vida de oración, haz buenas obras, vive en Mí... y Yo seré tu luz”.*

## ERES ESPECIAL

Ayer vi salir de una capilla a una señora. Se me acercó emocionada y con lágrimas en los ojos me dijo: “Ante tantos problemas, sólo Él es la respuesta”.

“Así es”, le respondí ilusionado.

“Cuando tengo un problema, acudo a Jesús Sacramentado. Él siempre sabe qué hacer”.

Y juntos nos maravillamos por la gracia de saber cercano a Jesús, como un amigo, y un hermano, alguien que nos ama muchísimo.

Hemos buscado la paz en tantos lugares, teniéndola siempre a nuestro alcance. Ahora buscaremos la Paz en el lugar adecuado. “Les dejo la paz, les doy mi paz. La paz que yo les doy no es como la que da el mundo. Que no haya entre ustedes angustia ni miedo” (Jn 14, 27).

¿Por qué temes? ¿Acaso no lo sabes? Eres “especial” para Dios.

Dios es maravilloso, conoce tu corazón, sabe quién eres y todo lo que haces. Nada puedes ocultarle. “Él sabe de qué fuimos formados, se acuerda que somos polvo” (salmo 103).

Restaura tu amistad con el Buen Dios. Vale la pena. Nada hay tan maravilloso como vivir en su presencia y amparo. Procura hablar con un sacerdote, pídele que te confiese y cumple tus propósitos de enmienda.

Guarda tu estado de gracia, como un tesoro invaluable. Y si caes, te volverás a levantar cuantas veces sea necesario. Gánate el cielo. Sé valiente.

Querido amigo, amiga, déjate amar por Dios. Sumérgete en su Amor y su Misericordia. Él es un Dios tierno y maravilloso. El dolor ya pasó, la soledad pasó, la tristeza quedó atrás. Ahora queda Dios. No necesitas más. Vive en la presencia de Dios. He allí la fortaleza y el secreto para superar tus sufrimientos.

Decía santa Teresa en una hermosa oración: “...quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta”.

Si me preguntas si eres especial para Dios, te respondería sin dudarle: “Más que especial. Lo eres todo para Él. Y te ama infinitamente”

**Y si no te convencen mis palabras, ni lo que te diga, te remitiría a la santa Biblia, aquella que tienes en tu casa. Busca “Isaías 43” y empieza a leer.**

Ser padre me ha enseñado a comprenderlo. Me veo con mis hijos y lo veo a él con nosotros. Dios es maravilloso. Recuerdo una noche de tormenta.

A las tres de la mañana escuchamos un trueno que resonó en medio de la oscuridad. Fue como una gran explosión; tan violenta que activó las alarmas de los autos. Nos despertamos sobresaltados. José Miguel quien dormía en medio de nosotros, se me abalanzó.

— Calma —lo tranquilicé—. No es nada.

Nos quedamos abrazados un buen rato. Él se cubría las orejas con sus manitas.

— Duerme tranquilo —le dije—. Ahora yo cubriré tus orejas.

Al rato me susurró con ternura:

— No te vayas.

— No me iré mi rey. Me quedaré toda la noche contigo.

*“Señor y Dios mío, en medio de las tormentas, quédate con nosotros. No te vayas”.*

— Hijo mío —te responde Dios—. Yo siempre estaré contigo.

\* \* \*

—Te quiero soldado de Dios, no burócrata de Dios.

Te quiero fuerte y compasivo, no débil y asustadizo.

Te quiero humilde y sencillo, no orgulloso y arrogante.

—¿Tanto he de cambiar?

—Te quiero nuevo.

## **CAPÍTULO 5**

### **TOCADOS POR LA GRACIA**



## HIJOS DE DIOS

¿Qué busca Dios en ti? Pureza de alma y corazón. Pureza de intención. Pureza de pensamientos. Pureza de acciones. A medida que la pureza sea una parte fundamental de tu vida, le permitirás a Dios hacerse presente en ti. Y podrás hablarle y te escuchará, todas las veces que quieras.

Dios está presente en ti. Y tú estás presente en su corazón de Padre. Dios te lleva en sus manos amorosas. Y nunca te dejará. ¿A cambio qué espera de ti? La pureza de tu alma. Un lugar limpio donde habitar.

A veces veo las noticias cotidianas, los asaltos, los asesinatos... Y recuerdo estas palabras tan dolorosas que la Virgen les dijo a los pastorcitos en Fátima, para toda la humanidad: “No ofendan más a Nuestro Señor porque Él está muy ofendido.” (Aparición del 13 de octubre de 1917)

He aprendido con los años, que Dios no se hace esperar, a los que lo aman. Sus vidas cambian radicalmente. Luego de experimentar a Dios, lo que anhelan, lo que esperan, lo que aspiran de su futuro es una sola cosa: “Dios”.

Le dan su “Sí”, al Padre y viven para Él. Son del mundo, pero viven como si no lo fueran.

Son del mundo, pero también se saben, hijos de Dios.

\* \* \*

Dios me visitó aquella noche en mi cuarto. No le vi. No escuché su voz. Sólo lo supe. Era Él, ¡estoy seguro! Fue un conocimiento completo, instantáneo, que me llenó el alma. Miré mi reloj despertador. Eran las tres de la madrugada. Me senté en la cama a pensar y reflexionar en lo que había ocurrido.

Era el paso de Dios, que va tocando nuestros corazones, transformando nuestras vidas. Me dejó en el pecho un fuego que me quemaba y no lo podía apagar. Era el amor de Dios. Me impulsaba a gritarles a todos: “Dios es nuestro Padre. Dios nos ama”. Recuerdo que tomé una hoja de papel y escribí en ella: “Seguro has experimentado esta sensación y te preguntaste: “¿Esto qué es?” Es Dios, que te ama y quiere que lo sepas. Cuánto deseo que amezca para llevar a los hombres y mujeres este descubrimiento maravilloso: “Estamos aquí para amar”.

## TOCADOS POR DIOS

*“No temas llevar tu cruz. Aprende de Mí”*

**H**emos llegado juntos, a este momento en que pasamos reflexionando en Dios, la cruz, el sufrimiento. Dios nos acompañó a lo largo de este libro. ¿Experimentaste su presencia? ¿Pudiste sentir su abrazo Amoroso? Dios es Amor y todo su entorno, todo a su alrededor, está sumergido en su Amor infinito y tierno.

Los años que llevo escribiendo, contando mis aventuras con el Buen Dios, he visto cientos de personas que son tocadas por Él, inesperadamente, de formas admirables.

Es algo por lo que siempre me maravillo y me lleno de esperanzas. Dios está presente, en medio de nosotros, en nosotros, sólo falta reconocerlo, saberlo, extender las manos y tocarlo.

Me sorprende ver cómo, a través de unas palabras Él va transformando nuestras vidas.

Esto me anima a continuar, a pesar de mi pobre fe, mis continuas caídas, los desalientos y el desánimo que nunca falta.

En todo apostolado tarde o temprano aparece el desaliento. El Buen Dios lo compensa de inmediato con “gracias” abundantes, con experiencias sorprendentes.

Me ha tocado experimentarlo una y otra vez, casi siempre en las mismas circunstancias: cuando por fin me decido a abandonar esto y emprender otro camino.

Dios es de lo más simpático. En cierta ocasión se me acerca una joven, compra uno de los libritos y me dice: “Quiero contarle por qué lo compré. Hace unos meses, desanimada, fui a una librería. Antes de entrar oré pidiéndole a Dios que me mostrara cuál libro comprar, uno que me ayudara. Pasé frente a una estantería repleta de libros y, en ese momento, uno de ellos cayó al suelo. Lo recogí y lo coloqué en su lugar. Seguí viendo los libros y cuando pasé nuevamente junto a la estantería, el libro volvió a caer frente a mí. Lo compré pensando en broma: “Si no lo compro me sigue hasta la entrada”. Era un libro suyo: “Para ser Santo”. Me ayudó muchísimo”. Y remató con estas palabras: “No deje de escribir”.

Otro día, fui a misa decidido a dejar de escribir. Le dije a Dios: “No voy a escribir más. Mejor busca a

otro”. De pronto un amigo se me acerca y me dice: “Alguien te quiere conocer”.

Terminada la eucaristía me presentó a un joven. Nos sentamos y me dice: “Quería conocerlo. Sabe, hace unos meses perdí a mi esposa. Tengo mis hijos pequeños. No sabía qué hacer. Me desesperé e iba a cometer una locura. Me di una oportunidad. Fui a la librería San Pablo y le pregunté a la dependiente por un libro que me ayudara. “Tome éste”, me dijo. Y me entregó uno de sus libritos. Lo leí a gusto y aquí estoy. Por favor, siga escribiendo”.

Quedé de una pieza. Le conté por qué había ido a misa y se sorprendió tanto como yo. He seguido escribiendo porque Dios también a mí, me ha tocado. Y, a pesar de cómo soy, me muestra su Ternura y su Amor.

Me encanta ver cómo hace las cosas. Es admirable. Y bueno y tierno. Y justo. Cada día compruebo que es verdad, santa Teresa tenía razón:

***“Sólo Dios basta”.***

\*\*\*~\*\*\*

## NO TEMAS

¿Qué te inquieta? ¿Por qué se turba tu corazón? Imagino que ha de ser algo muy doloroso. El dolor es parte de nuestra vida.

En esos momentos, cuando no hallamos salidas y todo es tan confuso; debemos escuchar a Jesús, que nos dice, con ternura: “No temas, Yo estoy contigo”. Luego te sonrío y te mira con una bondad infinita, una mirada que llena tu corazón de paz y sosiego. Y nos da la respuesta que buscamos:

*“No temas, cree solamente.” (Marcos 5, 35)*

Pasaremos en adelante escuchando estas palabras de consuelo, recordando a Jesús. Viviendo en su presencia amorosa.

Mientras tanto... Ánimo. No desesperes. Todo pasa. Esto que hoy te aflige, también pasará.

Dios nunca te va a desamparar. Esta es la certeza con la que debes vivir. Dios en ti y tú en Dios. A pesar de lo oscuro que parezca el panorama, o el dolor inmenso que te consume, Dios siempre estará contigo, siempre.

Pero, ¿por qué esto? No lo sé. No tengo la respuesta. Sólo sé que se nos pide creer. Confiar. A pesar de todo. Dios es Amor, por lo tanto, nada que no sea por Amor, vendrá de Él. Su pedagogía es impresionante. Lo he visto actuar. De pronto, sin previo aviso, Dios sacude el árbol de tu vida y te estremece, para que caigan las hojas secas y te robustezcas en la Fe.

Son los momentos en que te acuerdas de Él y diriges tu mirada al Cielo. Y lo buscas con afán. Sabes que nada en este mundo te podrá llenar ni consolar ni darte la paz que tanto anhelas. Sólo Dios. Él es la respuesta. Pasada la tormenta, llegará la paz. Y vas a comprender.

El Buen Dios ha querido que terminemos el día con estas palabras de consuelo.

*“No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío” (Isaías 43,1).*

Colgaré un letrero en algún lugar de mi casa, en el que lo pueda ver con frecuencia. Escribiré estas palabras que tenía Don Bosco en su oratorio de Turín:

TRISTEZA Y MELANCOLÍA,  
FUERA DE LA CASA MÍA.

¿Crees que Dios nunca te podrá perdonar? Si tan sólo conocieras un poquito más a Dios que es todo Misericordia. Hoy el sacerdote contó en su homilía una entrevista simpática que un periodista le hacía a Dios:

— ¿Qué haces en el cielo?

— Siempre estoy muy ocupado.

— Pero si ya creaste el cielo y la tierra y enviaste a Tu hijo a morir por nosotros. ¿Qué más queda?

— Perdonar.

— ¿Perdonar?

— Sí, me la paso perdonando, olvidando sus pecados.

Me sonreí por esta anécdota tan curiosa. Y pensé que es verdad: “Dios nos ama, así como somos”. Lo impresionante es que nos perdona una y otra vez. Recuerdo haber leído la vida de una santa mujer. Ella aseguraba que Dios se le apareció. Le contó la experiencia, durante su confesión a un sacerdote y éste, para asegurarse de la veracidad de los hechos le puso una prueba: “Pregúntale a Dios cuáles fueron los pecados que he confesado hoy”.

Al día siguiente la mujer se presentó ante el sacerdote y le respondió: “Dice Dios que los olvidó. Que Él siempre perdona y olvida nuestros pecados”. Monseñor Van Thuan decía lo mismo, que Jesús tiene mala memoria porque olvida nuestros pecados con demasiada facilidad. Y da un ejemplo asombroso: “En la cruz, durante su agonía, Jesús oyó la voz del ladrón a su derecha: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino”. Si hubiera sido yo, le habría contestado: “No te olvidaré, pero tus crímenes tienen que ser expiados, al menos, con 20 años de purgatorio”. Sin embargo, Jesús le responde: “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”. Él olvida todos los pecados de aquel hombre. No sólo perdona, y perdona a todos, sino que incluso olvida que ha perdonado.

A menudo olvidamos lo fundamental: y es que somos HIJOS DE DIOS, “Templos del Espíritu Santo”, somos una casa donde habita Dios. Suelo reflexionar en esto y me pregunto qué clase de hospedaje le ofrezco a Dios cada día.

Me parece que no tengo mucho que valga la pena. La mayor parte de las veces soy un lugar inhabitable. Debo dejar espacio para Dios, hacer a un lado lo material y dejar crecer lo espiritual. Ser menos carne y más espíritu. Dejar que Dios habite en mí.

Y es que cuando descubres a Dios te das cuenta que Él es nuestro gran Tesoro, por lo que vale la pena dejarlo todo.

“Usted habla como una persona que ha tenido una experiencia fuerte con Dios”, me escribió un joven que leyó uno de mis libros.

“Sí”, le respondí. “He sentido su Amor, su Ternura y me he dado cuenta que estamos llamados a la Eternidad. Sabiendo esto, habiendo encontrado este tesoro, ¿cómo no darlo a conocer?”

Dios impactó mi vida. Y ahora no puedo más que amarlo y hablar de Él. Su Amor, Su Ternura. Su Misericordia. Y es que lo he visto actuar a mi alrededor. Y he podido experimentar su presencia en medio de nosotros.

Casi a diario tengo una experiencia con Dios. A veces pienso en aquél joven que una vez me dijo:

“¿Quién te crees? ¿Acaso eres especial para Dios?”

Recuerdo que aproveché para responder: “La verdad es que TODOS somos especiales para Dios, porque TODOS somos hijos de Dios. Lo que ocurre es que unos se dan cuenta y otros no”.

Hace mucho, dejé de preguntarme, de cuestionarme y de buscar. ¿Quién puede comprender las cosas de Dios? ¿Por qué sufrimos? ¿Por qué nos ocurren estas cosas? Siempre nos preguntamos los porqués de nuestros sufrimientos.

Somos tan limitados y por más que lo intentemos, jamás podremos comprender la inmensidad, lo Eterno, el Amor incondicional, la infinita pureza. Así que, en vez de cuestionarlo todo, decidí confiar. En un principio me costó. Pero Dios no se hizo esperar. Siempre ha estado a nuestro lado animándonos, dándonos signos palpables de Su presencia.

Un sacerdote me contó de este parroquiano al que le descubrieron un cáncer fulminante. El día que se lo notificaron, tomó el auto y se pasó conduciendo toda la noche, tratando de comprender, pensando en lo que le diría a su esposa y sus hijos.

En un momento dado le entró una gran desesperación y le gritó a Dios: “¿Por qué a mí?! ¿Qué será de mis hijos?!”

En ese instante escuchó detrás de él una voz suave y consoladora, que le decía: “*No temas, Yo estoy contigo*”.

Retornó la Paz. E hizo frente a su enfermedad, ofreciéndola, siendo un signo del Amor de Dios.

Aprendí que somos “frutos que maduramos para Dios”. Cuando estamos listos, Él baja a la tierra y nos lleva a la Eternidad, para que gocemos las dulzuras del Paraíso.

Dios nos pide confiar. Abandonarnos en su Amor. Él lo envuelve todo. Su presencia omnipotente te hace comprender que nada más es necesario para aplacar nuestro corazón, para dar una suave serenidad al alma.

De pronto comprendes que todo en Él es silencio. Serenidad. Paz. Dulzura. Gozo. Son cosas nuevas que nunca antes habías sentido. ¿Por qué este gozo tan grande? Sientes que el alma te va a estallar de tanta felicidad. Quisieras que estos momentos perduren. Es la “Gracia”, que recibes en abundancia.

Dios te llena con su Gracia, para que, al caminar por la vida, puedas crecer en tu Fe. Nos falta pensar en la Casa de Dios. Una vez leí que “el final del camino es la casa de Dios”. Nuestra casa en el Paraíso. Nos faltan anhelos de Eternidad. Sentirnos hijos del Altísimo. Y actuar como tales.

## ¿TE SIENTES MEJOR?

**E**spero que estas palabras hayan sido de consuelo para ti. La verdad es que todos, en alguna medida necesitamos ser consolados, abrazados.

Dios, que es Amor, no cesa de mostrarnos cuánto nos ama, cuánto te ama.

Una de las formas que más me impresiona es el sacramento de la reconciliación. Es la posibilidad de embellecer nuestra alma, darle nueva vida.

Hace poco estaba en fila para confesarme. Y me puse a reflexionar en lo que ello significaba. Nosotros, pobres pecadores, caemos una y otra vez... Y siempre encontraremos consuelo y perdón en el confesionario. Qué grande es este sacramento, un regalo de Dios para que podamos purificarnos y empezar de nuevo.

Recuerdo que una vez me acerqué a un sacerdote con el que me había confesado una semana antes, para agradecerle su consejo.

“La verdad”, reconoció, “es que no recuerdo ni sus pecados ni el consejo que le di”.

De pronto se percató de lo que acaba de decirme y añadió: “Qué grande y maravilloso es este sacramento que nos concede la gracia de olvidar los pecados que son confesados”,

Desde hace mucho me acostumbré a decirme antes de la confesión: “Escucha... Jesús te va a hablar”, Y escucho los consejos que recibo del sacerdote como si el mismo Jesús me los dijera.

Me encontraba allí, esa mañana de domingo, esperando, miré al Sagrario y de pronto sentí estas dulces palabras en mi alma:

***“Puedes estar al borde del abismo  
y yo siempre te rescataré”.***

\*\*\*~::~\*\*\*

## PARA TERMINAR

**A**hora lo sabes, puedes dar sentido a tu dolor, que se convierta en un tesoro espiritual en las manos de Jesús, uniéndolos a su Cruz, siendo UNO con Él. Si es inevitable que sufras por la vejez, la enfermedad, o las dificultades de la vida, que no sea en vano.

Tienes dos caminos, molestarte y que todo sea en vano o ponerte en las manos de Dios aceptando en todo momento su santa voluntad. Sé que no es fácil, lo sé bien. Pero puedes y vale la pena. Las gracias que recibes sobrepasan con creces el mal momento que atraviesas. Dale un sentido profundo al dolor, ofreciéndole a Dios tus sufrimientos, para beneficio espiritual de las benditas almas del purgatorio, los niños enfermos, la santificación de nuestros sacerdotes tan tentados por este mundo, y el arrepentimiento de los grandes pecadores que tienen sus almas expuestas a la perdición eterna.

Ofrecerlo todo con amor le da un POPÓSITO a tu vida y ganas grandes méritos ante Dios, porque es un acto de misericordia. Y es lo que Él desea de nosotros, que amemos y seamos misericordiosos.

Me parece que una vez te lo conté. Solía escribirme con un sacerdote enfermo. Nos contactábamos por internet, tarde, en las noches. A veces dejaba de aparecer y me comentaba que estuvo hospitalizado. Presintiendo la gravedad de su enfermedad una noche le pregunté: “¿Qué es lo que más te ha gustado de tu sacerdocio?” Vi aparecer en la pantalla del computador una palabra: “Consolar”. Él nunca volvió.

Cuando iniciamos este trayecto, escribiendo, editando los libros en casa, tuvimos presente esta intención: “Consolar”. Y es lo que hemos procurado hacer. Trabajar para el buen Dios, consolar al que necesita una palabra de aliento.

Me di cuenta que Dios trabaja con nuestra inutilidad. Cuando ya no podemos más, llega, nos levanta y nos lleva en la palma de su mano.

Siempre recuerdo una noche que me encontraba tratando de dormir, pero no podía. Algo me inquietaba y no sabía qué era. Decidí rezar, ofrecer a Dios mis angustias, sufrimientos, inquietudes, por la salvación de las almas de los grandes pecadores.

En eso estaba cuando intuí que algo iba pasar. Dios estaba cerca y me había escuchado. Sólo lo sabes.

Era Dios que estaba conmigo. Experimenté de pronto un amor inmenso que se desbordaba de mi alma. Me invadió una esperanza tan grande. Una paz sobrenatural. Una alegría inmensa. ¿Será la presencia de Dios? Fue como si una flama incendiara mi corazón, surgió una necesidad de amar y de golpe me di cuenta: *“El camino, es el amor. El sentido de la vida, es el amor”*.

Ahora comprendo que **ha sido el Espíritu Santo quién ha soplado esa llamita en mi alma** para que volviera a arder y no se apagara.

Esa llama, que todos guardamos, es un tesoro espiritual. Hay que avivarla, usarla para incendiar este mundo cansado, con el fuego y el amor de Dios.

Al amanecer, dejé atrás la incertidumbre y el temor y empiezo de nuevo a caminar. Esta vez más seguro, ms confiado, porque sé que no estamos solos. El hombre no está solo. Dios lo acompaña.

Esa tarde un amigo me invitó a ir a su emisora de radio para hablar de Jesús. Lo cierto es que siempre me emocio cuando hablo de Jesús.

Llegué un poco tarde y mi amigo me dijo:

— Claudio, tenemos poco tiempo para hacer el

programa. No puede pasar de media hora.

— ¡Perfecto! —le respondí con alegría.

Entonces me vinieron al corazón las tres verdades.

— Para decir lo que tengo que decir, no necesito más de un minuto—le dije.

Estas tres verdades las dije en la emisora, y las repetí una y otra vez,

Ahora las comparto contigo, emocionado. Son verdades que he comprobado a lo largo de mi vida. Cada día las experimento, en lo cotidiano, en mi hogar.

1. Jesús, te ama.
2. Jesús, está vivo.
3. Sin Él, no podemos hacer... nada.

**¡Ánimo!**

¡Pide al Espíritu Santo  
que te ilumine y habite en ti!

¡Dios te bendiga!

NUEVOS LIBROS DEL AUTOR

**CLAUDIO DE CASTRO**

**¿TE GUSTARÍA LEER LOS  
“RECOMENDADOS”?**

PUEDES PEDIRLOS EN AMAZON  
DE TU PAÍS.

Quisiéramos recomendarte otros títulos que pueden ser de tu interés y te ayudarán mucho en tu crecimiento espiritual. Tenemos del autor Claudio de Castro, más de 100 libros de crecimiento espiritual disponibles para ti, en el portal de Amazon.

Estos son algunos de los más vendidos:

1. [El Sagrario](#)
2. [El Mundo Invisible](#) / **Best Seller**
3. [Nunca te Rindas](#)
4. [El Camino del Perdón](#)
5. [Mi Ángel](#) (Testimonios con nuestro ángel)
6. [El Desafío de Dios](#)
7. [El Gran Poder Olvidado](#). Los 7 Dones del Espíritu Santo.

## CONTACTA AL AUTOR

*¿Te gustaría contactar a Claudio?*

Ésta es su página de autor:

[www.claudiodecastro.com](http://www.claudiodecastro.com)

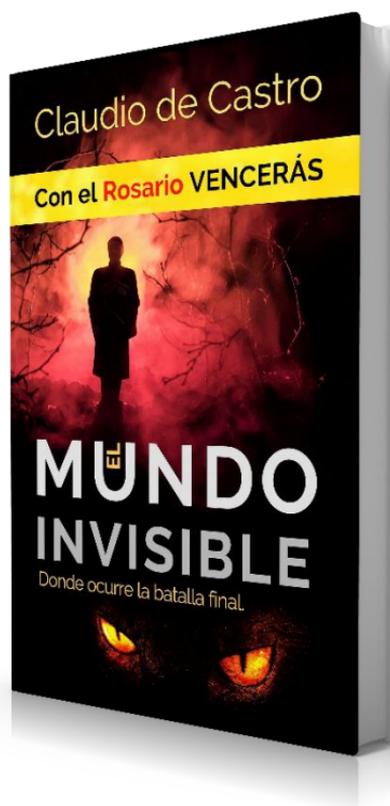
Éste es su Email:

**edicionesanab@gmail.com**

Recibimos correos de todas partes del mundo, enviados por lectores que nos comentan lo que viven y nos cuentan cómo estos libros impactaron sus vidas. Solemos referirlos siempre a Jesús en el sagrario.

Él es quien hace lo importante, transforma, cambia, *toca corazones* y nos da las gracias que necesitamos para seguir adelante en la vida, con optimismo y serenidad.

**LIBRO**  
**RECOMENDADO**  
(El más vendido)



**Un libro polémico sobre las acciones del demonio en el mundo.**

## EL MUNDO INVISIBLE

En octubre del 2018 el Papa Francisco hizo un sorprendente llamado a los fieles del mundo para que rezaran a diario el Rosario y una antigua oración a san Miguel Arcángel para que ayudaran a la Iglesia en los tiempos difíciles y la protegieran del demonio.

Esto me llamó la atención porque en la Iglesia ya poco se habla del demonio. Muchos creyentes lo consideran una fábula para asustar a los niños, una creación literaria.

Reflexioné mucho en esto y me pregunté: **“¿Cómo defendernos de quien nos ataca si no conocemos a nuestro enemigo?”** En ese momento decidí escribir un libro para exponer al demonio y sus acciones en la Iglesia y el mundo.

Como era un tema delicado, fui al arzobispado a pedir la bendición del Arzobispo y que me autorizaran a escribir el libro. Me dijeron que lo escribiera, que los laicos hacemos grandes aportes a nuestra iglesia y que al terminar lo llevara para que el Censor Eclesiástico lo revisara.

Luego fui a conversar con un sacerdote amigo y me dio este sabio consejo. “Te vas a enfrentar a fuerzas oscuras, por lo tanto, para escribir este libro debes conservar en todo momento tu *estado de gracia*, orar constantemente y acudir a la Misa diaria”.

Seguí su consejo al pie de la letra. Ocurrieron algunos eventos inexplicables, extraños. Recuerdo una mañana en que me senté a escribir. Un objeto pesado que tenía sobre la impresora se elevó frente a mí y salió disparado para estrellarse contra la pared del fondo a 5 metros de distancia. En lugar de asustarme me sentí feliz. Pensé: **“Ahora sé que este libro va a estar muy bueno”**.

El libro estuvo tres meses en manos del Censor Eclesiástico. Una mañana me telefonean del Arzobispado para darme la buena noticia **que “El Mundo Invisible”** podría ser publicado. Quise exponer al demonio porque le gusta actuar en las sombras, sin ser detectado. Como es inmortal, tiene todo el tiempo para descubrir nuestras debilidades y es allí donde concentra sus ataques que no cesan. Nos arrincona, hace que perdamos la fe y la esperanza y golpea sin escrúpulos para hacernos caer en el pecado y que nos alejemos de Dios.

Me he percatado que una de sus acciones favoritas es desanimarnos. Esto nos paraliza, hace que abandonemos la oración y los sacramentos y seamos presa fácil. Es el momento de las grandes tentaciones y cuando más apetecibles las vemos. La vida y los años nos hacen comprender una realidad fundamental: **“sin la oración, estamos perdidos”**.

Titulé mi libro: **“El Mundo Invisible”** porque el demonio habita el mundo espiritual que no podemos ver ni comprender con nuestros sentidos. Siempre he sentido que por ello estamos en desventaja. Para nosotros es un mundo invisible.

En este momento se libra una gran batalla espiritual y las Escrituras nos advierten de ello: *“Lleven con ustedes todas las armas de Dios, para que puedan resistir las maniobras del diablo. Pues no nos estamos enfrentando a fuerzas humanas, sino a los poderes y autoridades que dirigen este mundo y sus fuerzas oscuras, los espíritus y fuerzas malas del mundo de arriba.”*. (Carta a los Efesios, 6, 11-12)

El mundo invisible es un libro polémico para leer y compartir.

*“Si alguno quiere venir en pos de mí,  
niéguese a sí mismo, tome su cruz y  
sígame. Porque quien quiera salvar  
su vida, la perderá, pero quien pierda  
su vida por mí, la encontrará.”*

(Mt 16, 24 – 25)

